



EPOCA 3.^a — AÑO VIII. — TOMO VI.

NÚMERO 29. — Madrid 15 de Abril de 1883.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.
MADRID Y PROVINCIAS.

Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO.	
Seis meses.....	2 ½ ps.
Un año.....	4 »

DIRECTOR

DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN

PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.
EXTRANJERO.

Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y MÉJICO.	
Seis meses.....	3 ½ ps.
Un año.....	6 »

SUMARIO

TEXTO.—*Revista*, por Nulema. — *Crónica*, por D. Isern. — *La Comidilla*, por Blás. — *El tirano de la aldea*, por J. M. de Pereda. — *La pirámide mayor de Egipto*, por D. Juan Mir, S. J. — *La sepultura de Cornejo*, por M. de Torres y Torres, pbro. — *La Trichina Spiralis de Owen*. — *Los grabados*. — *El mártir de un secreto* (continuación), por Raul de Navery. — *Revista de conocimientos útiles*. — *Anuncios*.

GRABADOS.—D. José María Pereda. — *La capilla Sixtina en los días de Semana Santa*. — *Una ascensión a la gran pirámide de Egipto*.

REVISTA

El periodismo católico y la literatura francesa acaban de perder uno de sus más insignes maestros.

La muerte de Luis Veuillot será llorada por muchos, y es de temer que no sea reparada por nadie.

Entendimiento de águila, imaginación de fuego, palabra de acero, corazón de apóstol, vida de anacoreta, el gran periodista francés reunía cualidades de primer orden que difícilmente se encuentran, no ya juntas, pero ni aun separadas.

Representante de la intransigencia católica en la prensa de París, no fué, sin embargo, siempre el primer campeón de la causa legitimista, porque la misma fogosidad de su carácter le impulsó a una situación independiente, sin otro yugo que el de la Iglesia, única autoridad ante la cual doblaba la rodilla y bajaba la cabeza.

De él es esta frase que apareció en el *Univers* en un artículo titulado *La democracia cristiana*: «Llegará un tiempo en que la altivez de los pueblos cristianos no admitirá más cetro que el cayado de sus pastores.»

La Iglesia tenía en Luis Veuillot un defensor tan valiente como generoso; jamás miraba á su interés personal cuando se trataba de batallar por la causa de la Religión, y muchas veces arrojó á las olas su fortuna, para aligerar la nave en que batallaba y ganar con más celeridad y gloria el puerto del triunfo.

Como polemista, era Veuillot un adversario temible; aquel corazón tan tierno, que en *En el perfume de Roma*, en *Los hedores de París*, en *Las peregrinaciones por Suiza* tiene trozos que hacen llorar de dulce melancolía, y conmueven el sentimiento hasta en sus fibras más delicadas; aquel corazón, repetimos, al oír el clarín de la batalla se tornaba fiero como el de un león é implacable con el error como el tigre con su presa, y donde ponía la pluma saltaban chispas de fuego, que inflamaban el ánimo de los lectores, inspirándole

invencible horror hacia la impiedad y la mentira que eran sus eternos enemigos.

Amaba Veuillot con especial afecto á nuestra patria, á la que llamaba *la nación teológica*, y tres años há que por este tiempo vino á buscar, más que en sus aires meridionales, en sus monumentos y tradiciones cristianas, algún lenitivo á la enfermedad del corazón que le empujaba al sepulcro.

No sabemos si habrá realizado la esperanza que nos hizo concebir de escribir sus impresiones de viaje: sabemos que fueron dulces y consoladoras, por más que el rigor de su enfermedad le hizo abandonar pronto nuestro suelo, sin pasar de Sevilla, donde pudo admirar las mejores obras de Murillo, que era su pintor predilecto.

Al morir nos ha dejado por herencia, á todos los que le admiráramos, el siguiente patrimonio de sus obras inmortales:

Las peregrinaciones por Suiza, *Corbin y Aubecourt*, *Pedro Saustive*, *Pequeña filosofía*, *El derecho del Señor*, *La mujer honrada*, *Los librepensadores*, *Aquí y allí*, *El perfume de Roma*, *Historietas y fantasías*, *El fondo de Giboyers*, *De algunos errores sobre el Pontificado*, *Los hedores de París*, y

coronándolo todo *La vida de Nuestro Señor Jesucristo*. Además ha publicado doce tomos de artículos en *L'Univers*, *París durante la guerra*, *París durante la Commune*, y una serie de opúsculos: *Al día siguiente de la victoria*, *Vendesa y Espartaco*, *Waterloo*, *La guerra y el hombre de guerra*—con dos tomos de poesías, *Sátiras* y *Las culebras*.

Si, como es de esperar, su preciosa vida y su cristiana muerte le han granjeado á estas horas la corona de los justos, pida al Señor por nosotros, los periodistas católicos, para que no desprestigie mos con nuestras discordias las armas de combate que él supo manejar con tanta gloria y deja al borde del sepulcro ceñidas de laureles inmortales.

¡La tasa! ¿Quién no ha leído y escuchado de los partidarios del progreso moderno discursos y libros enteros contra esta limitación arbitraria y despótica de la santa y veneranda libertad de comercio?

—Cada cual, se ha dicho, es dueño de vender sus géneros al precio que le acomode; limitar este derecho es atentar contra la propiedad individual, y cohibir tiránicamente el desarrollo del comercio y los progresos legítimos de la industria humana. ¡Abajo la tasa!

Los hombres juiciosos y previsores salían al paso diciendo: —Queréis abolir la tasa porque es atentatoria contra el derecho de los comerciantes; pero ¿quién defenderá á los consumidores contra la coalición arbitraria de los vendedores?

—¿Quién? La ley de la competencia, que contribuirá á rebajar el precio de las cosas en beneficio de los compradores.

El progreso llevó adelante su reforma; se abolió la tasa y quedó la libertad vindicada y redimida de los ultrajes y de las cadenas del regimen antiguo.

Veamos ahora los frutos de esta conquista de la ciencia económica.

Habla *El Imparcial*, periódico progresista, y dice:

«Vamos ahora al precio. La coalición para fijarlo uniformemente aniquila todos los efectos de las leyes económicas. El pan y la carne son los artículos más susceptibles de ser expendidos al precio acordado por los expendedores. Dará lugar este procedimiento á que la generalidad de las gentes eche de menos la antigua tasa. Ya la *Crónica Mercantil*, de Valladolid, dice que es preciso limitar la libertad que existe en los gremios de fijar precio á los géneros de primera necesidad, y hace algún tiempo que D. Víctor Pruneda reclamaba en un periódico de Teruel el restablecimiento de la tasa en nombre de la libertad. Y esto que parece una paradoja, no lo es si se atiende á que el consumidor, obligado por la necesidad apremiante de alimentarse, está dominado por el expendedor coaligado. Por lo demás, no se haría otra cosa que lo que se hace en interés general cuando se tasan las dimensiones que ha de tener la pesca, ó



D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA,

Insigne novelista y escritor católico.

Ayuntamiento de Madrid

se atiende á la exactitud de las pesas y medidas, ó se sujeta á reglas una multitud de operaciones relacionadas con la alimentación pública. Según Block, la tassa subsiste aún en 17 grandes ciudades de la Francia y en 898 ayuntamientos. La practican los 333 pueblos de las Landas. »

¿Qué más podemos añadir nosotros?

De nuevo ha vuelto la cuestión del juramento á dar juego en las lides parlamentarias. En el Congreso de los diputados la discusión ha sido aún más larga que en el Senado, y el resultado el mismo. Los diputados podrán jurar por Dios ó prometer por su honor, guardar la Constitución, según las ideas de cada cual, para que el compromiso sea á gusto de los consumidores.

¿No hubiera sido mejor proceder con franqueza y suprimirlo de un golpe? ¿Qué falta le hace á la Constitución el juramento de los legisladores ni su promesa de honor, cuando con juramento y sin él, con honor y sin ídem, el resultado es el mismo para ella y malo para los pueblos?

Mala es ¿quién lo duda? la libertad de enseñanza; pero llegan casos, en Francia y Bélgica por ejemplo, en que en ella estriba la salvación de la sociedad: entre dos males, uno irremediable y otro con remedio, es preferible el último.

Malo es suprimir el juramento político, ó más bien, quitar el nombre de Dios de los labios de los legisladores; pero si el juramento ata á los buenos para que no peleen contra la revolución, y deja libres á los malos para que lleven adelante su sistema de corrupción, mejor es abolir el juramento, y de dos males escoger el que puede curarse.

Triste, muy triste es el estado de una sociedad donde hay que apelar á estos medios para la defensa de la verdad; como es triste y lamentable el de un enfermo á quien hay que amputarle brazos ó piernas para evitarle la muerte y por tan dolorosos procedimientos salvarlo.

¿Pero quién duda ya de que la sociedad está enferma? Descúbranse las llagas por repugnantes que sean; ábranse las heridas cerradas en falso para aplicar á ellas el bálsamo regenerador, y si es preciso el hierro y el fuego.

Con motivo de la reforma del juramento, el señor Castelar ha pronunciado un discurso.

Del fondo de su oración no cabe decir nada nuevo; pero de la forma es fuerza declarar que el orador se va haciendo viejo.

Como la democracia es tan agradecida con él y lo mantiene con abundancia, ha llegado á un punto de gordura que raya en obesidad apoplética. Esto le impide hablar con aquella fluidez y fogosidad de antaño, y hace á veces angustiosa su dicción, que le cuesta extraordinario esfuerzo y gasta rápidamente sus fuerzas.

El Sr. Castelar va á tener que retirarse de la escena si no quiere ser víctima de su palabra; no dice tampoco bien un hombre tan gordo hablando en defensa del proletario y haciendo idilios de amor á la democracia.

Al finalizar el discurso hizo, como suele, un cuadro religioso, y algún periódico habló de conversión y arrepentimiento... ¡qué ilusión!

El Sr. Castelar vive tan enamorado de su talento, que no puede admitir en su corazón otro amor que el que á sí mismo se profesa.

Se juzga un dios y busca adoradores. Mientras sea así, ¿cómo ha de postrarse de rodillas ante un altar, al lado de un pobre menestral ó de una infeliz vejezuela, para pedir á Dios la luz de la gracia?

Cuando llegue la última hora de su vida, si Dios le da tiempo, ya será otra cosa. Entonces es posible que, humillado por la miseria de la muerte, «deje en su testamento que lo entierren bajo la cruz, cuya sombra guarda el sepulcro de sus predecesores, y por los ritos de una Religión, que si bien abandonada por sus ideas, ha penetrado hasta sus huesos por las costumbres, y le ha hecho sentir con sus *Diaes Irae*, y con sus lamentos de Job los terrores de la muerte, y con sus salmos y con sus plegarias, las esperanzas en la inmortalidad.»

Mientras hallan eco en todos los periódicos y llegan al último rincón de España los discursos pronunciados en las Asambleas políticas, quedan encerrados en los muros de los templos de Madrid, los más reducidos de España, discursos sagrados de profunda doctrina y conmovedora elocuencia, donde se esparcen los principios salvadores de la sociedad moderna!

Esta idea nos asalta todas las tardes que oímos en la iglesia de San Martín de esta corte los sermones que, con motivo de la novena de San José, predica

el docto jesuita y colaborador nuestro D. Fidel Fita, uno de los padres de la insigne Compañía que trabajan más y con creciente ardor en Madrid, multiplicándose para llevar su acción fecunda á las academias y á los templos, á los estudios históricos y á las tareas meramente piadosas.

Los nueve sermones de la novena de San José versan acerca de las notas ó caracteres distintivos de la Iglesia católica, una, santa, católica, apostólica y romana. La erudición que despliega el docto jesuita en la exposición de esta importantísima materia no es para referida aquí; desde la historia antigua hasta la contemporánea, desde la más alta teología hasta las últimas teorías de las que han dado en llamarse ciencias nuevas, todo viene en apoyo de su tesis y en refutación completa de los errores modernos.

Pero mientras la mala y funesta oratoria dispone de medios universales de propagar sus discursos, la santa y fecunda elocuencia de los oradores sagrados queda encerrada en los estrechos muros de los templos, cuando no es ahogada, según ejemplos recientes, por los bramidos de la impiedad, ó por las calumnias y ultrajes de los periódicos de la secta.

Los resultados de esta subversión de las cosas los vamos tocando con la *mano negra*.

Tiene gracia, oportunidad y verdadera elocuencia el siguiente párrafo de la última crónica de *La Ilustración Española* que redacta el Sr. Fernández Bremón. Y adviértase que en el mismo número se inserta un artículo del Sr. Castelar, su colaborador constante, lo cual da á esta revista un carácter nada sospechoso de reaccionario ni de hostil á las ideas que hoy privan.

«Mientras en el Congreso español, dice, se discute la fórmula del juramento ó promesa que han de prestar los Sres. Diputados; mientras en el Senado se repiten los argumentos que en pró y en contra del Jurado constan en los libros ó se explican en las cátedras de derecho, algunos periódicos se alarman inútilmente al ver desamparadas nuestras plazas é impotente nuestra escuadra, y á los gobiernos completamente descuidados, mientras Inglaterra prosigue su política invasora en Marruecos fortificando las costas africanas, instruyendo al ejército del Sultan y extendiendo su influencia en el imperio. Hasta la prensa francesa se preocupa ya de esa visible irrupción, complemento indispensable de la política egoísta que ha convertido á Egipto en colonia de Inglaterra.

«Ante tamaña indiferencia, nos preguntamos muchas veces: ¿Qué entienden por gobernar los partidos españoles? ¿Puede continuar mucho tiempo dándose apariencia de asuntos públicos á lo que no es sino pleito interminable de intereses particulares, que absorben todo el tiempo que necesita el país para el desarrollo de la vida general?

«Estamos seguros de que en el Salón de Conferencias causaría más sensación el que el Sr. Martos definiese por vez milésima su actitud, que si anunciase el telégrafo la anexión de Tánger á Inglaterra. Y es que los políticos creen que todo marcha bien cuando se pronuncian buenos discursos y turnan pacíficamente en el presupuesto los partidos. Causa asombro considerar los muchos hombres que, al parecer, han hecho grandes servicios al país, y lo mal servida que resulta la nación.

«Esto nos recuerda la contestación que dió un médico á un padre de familia, que le había llamado para que reconociese á una hija suya muy enferma.

—Esta niña se muere de debilidad—dijo el médico.—Es preciso alimentarla.

—¿Cómo! ¿Usted cree...—respondió el padre indignado?—Mire usted las cuentas de lo que gastamos en la plaza...

—Esa cuenta no es cuenta mía—repuso el facultativo.—Usted me demuestra que gasta demasiado; pero yo le debo replicar que su hija no come lo suficiente.

«Los gobiernos españoles son aquel padre de familia. España la niña anémica.»

Se anuncia definitivamente la venida de la corte portuguesa para el día 8 de Mayo próximo.

Con tan fausto motivo tendremos baile en palacio, función régia en el Real, gran parada, gran corrida... y *aínda mais*.

Que se suba la carne, que se suba el pan, que se suba todo nada importa, cuando nuestra vida se pasa en fiestas y estamos calvos de echar canas al aire.

Hojeando hace pocos días un libro sapientísimo, que nos legó la antigüedad, leímos esta sentencia

que se nos grabó profundamente en la memoria. «He visto muchas veces reir á los ciudadanos y llorar á su patria.»

La sentencia es hoy tan elocuente como cuando se dictó, y tan adecuada á los sucesos del mundo. Lo único que cabe es ampliarla, porque el mundo envejece y los accidentes de la juventud son graves dolencias en la vejez.

Hoy puede decirse: «Los hombres rien y la sociedad llora.»

NULEMA.

CRÓNICA



La revolución, que aspira á despojar á la sociedad de toda forma cristiana, ha comprendido que es para ella cuestión importantísima secularizar la enseñanza.

Secularizadas las escuelas, pronto quedarán secularizadas las inteligencias que en ellas se hayan alimentado, y secularizadas las inteligencias la secularización de la sociedad será un hecho.

La obra de la revolución encuentra en todas partes resistencia, si bien esta resistencia sólo es seria en los estados en que los católicos están bien organizados, como sucede, por ejemplo, en Bélgica, en Alemania y en Hungría.

El ejemplo que dan al mundo los católicos belgas debiera ser imitado en todas partes: es un foco de luz purísima colocado sobre altísimo monte para que sus rayos lleguen á todos los puntos del globo.

A pesar de las múltiples cargas que sobre los hermanos nuestros de Bélgica pesan, á pesar de los sacrificios que les impone el sostenimiento de la lucha, lo mismo en el terreno puramente religioso, que en el político, han encontrado los católicos belgas nuevos recursos en su inagotable amor á Dios, á la Iglesia y á su patria, para levantar una universidad libre enfrente de la universidad oficial, y un instituto enfrente de cada instituto del Gobierno, y una escuela enfrente de cada escuela.

¿Qué se hubiera logrado con esto, si estos establecimientos hubieran sido como ríos sin agua, como cuerpos luminosos colocados en medio de la inmensidad de un desierto?

Por esto se procuró atraer á los nuevos centros de enseñanza el mayor número posible de alumnos, y cada católico se convirtió en apóstol de un determinado número de familias, más ó menos indiferentes, pero al fin contaminadas por la lepra de los tiempos modernos, y la población de las escuelas libres aumentó como aumenta la corriente del río tras bienhechora lluvia, y los centros de enseñanza oficial quedaron como jardines envenenados por los miasmas de aguas corrompidas.

El éxito animó á los católicos y su celo les ha sugerido los medios de dejar sólidamente establecida su obra, en la que han mostrado tan portentosa actividad y tan sin igual desprendimiento. Por cada alumno que el Gobierno logra llevar á sus escuelas, los católicos tienen seis ó siete en las suyas, según la estadística últimamente publicada.

Preciso es reconocerlo: mal que pese á la revolución, lo porvenir de Bélgica pertenece al catolicismo, pues escuelas cristianas darán siempre inteligencias cristianas, é inteligencias cristianas constituyen sociedades cristianas enemigas de todo espíritu secularizador.

¡Ojalá pudiera decirse de Francia lo que de Bélgica! En la vecina república la revolución secularizó la enseñanza por medio de la ley de 28 de Marzo de 1882. Pero no se contentó con esto solo: encargó á M. Paul Bert la redacción del libro de texto de las escuelas primarias, y este sectario redactó un libro que es una blasfemia contra Dios y contra la historia patria.

Roma lo ha condenado, y el Gobierno, no sólo lo ha seguido imponiendo á las escuelas oficiales, sino que ha castigado, contra todo derecho y justicia, á los Obispos y á los curas que han promulgado en sus iglesias el decreto de condenación de Roma.

Para organizar la resistencia se constituyó en París la Sociedad general de educación y enseñanza que preside el ilustre M. Chesnelong, y en la capital de la república es imposible desconocer que esta sociedad ha prestado incalculables servicios, fundando, sosteniendo y fomentando gran número de escuelas católicas, y reclutando una población escolar considerable, si bien inferior en número á la de las escuelas municipales.

En las provincias no ha estado la resistencia á la altura de las circunstancias, en algunas por falta de recursos, en otras por las tristes divisiones de los

buenos, en las más porque el celo de los católicos no es tan activo como el de los de Bélgica.

La población de las escuelas católicas es escasa en unas provincias, y en todas inferior siempre á la que asiste á las escuelas oficiales.

Estos hechos tristísimos, que tendrán considerable influencia en lo porvenir de Francia, se imponen á la consideración de todos los franceses que aman á Dios y á la patria, y les señalan multitud de deberes cuyo no cumplimiento traerá la secularización completa de aquella sociedad, es decir, su paganización para un período de tiempo no lejano.

En vano algunos padres de familia creen haber cumplido con sus obligaciones haciendo dar enseñanza cristiana á sus hijos en el interior de sus casas. En los grandes naufragios no basta que cada marinero ó pasajero procure la salvación propia; si no busca al mismo tiempo la de los demás, no evita casi nunca su perdición y ruina.

Prescindiendo de que esta conducta torpe y egoísta merece severas censuras, ¿por ventura sin una gracia especial de Dios se hubiera salvado Noé del general diluvio de aguas que cubrió la faz de la tierra?

Tres parlamentos se ocupan actualmente en la cuestión de enseñanza: el de Holanda, el de Austria y el de Hungría.

El de Alemania y el de Suiza se han ocupado últimamente en ella.

En todas partes la batalla entre la revolución y el cristianismo se halla trabada en las escuelas con grande ardimiento. En Austria, en Hungría, en Suiza, en Alemania, lleva ventajas el cristianismo sobre la revolución.

En Holanda parece próxima á triunfar ésta sobre aquél. La Cámara se muestra dispuesta á elevar á ley un proyecto secularizador, que iguala, si no excede, en tiranía á las leyes de enseñanza de la vecina república.

Y es esto tanto más de lamentar cuanto que los católicos, por componer sólo la quinta parte de la población total del reino, es imposible que puedan ni aun neutralizar los terribles estragos que causará la nueva legislación que vendrá á aumentar los males que ocasiona la actual, y los protestantes conserdores que en otras naciones han ayudado poderosamente á los católicos á triunfar de la revolución en la cuestión de enseñanza, andan extraviados unos y no tienen los otros la fuerza, la energía, el patriotismo que sus correligionarios de Suiza por ejemplo.

En ninguna parte es más recia la contienda que en el Reichsrath austriaco, donde pelean con grande valor y ardimiento, de un lado los partidarios de la revolución que á toda costa quieren salvar sus conquistas, y del otro la derecha católica y conservadora, que también á toda costa quiere destruir la obra del partido revolucionario.

Recuérdense algunos hechos.

Cuando el Emperador Francisco José llamó á sus consejos á los revolucionarios moderados, después de los desastres sufridos por Austria en su desdichada guerra con Prusia é Italia, procuró hacerles comprender que vería con el mayor disgusto todo acto del poder público que se encaminara á la secularización de la enseñanza.

A pesar de lo cual, más poderosos los ministros que el soberano, reducido á reinar sin gobernar, apoyados además por el Parlamento, elegido como en España suelen elegirse las Cortes, empezaron la obra y la llevaron á cabo gradualmente, á fin de no exponerse á perder en un día el fruto de largos trabajos y constantes desvelos.

Felizmente para Austria su Emperador tuvo talento y habilidad bastante para preparar una reacción. Introdujo en el ministerio del príncipe de Anesberg, al conde de Taaffe como ministro del Interior, y cuando por la dimisión del príncipe de Anesberg quedó vacante la Presidencia del ministerio elevó á ella al conde de Taaffe, que poco á poco ha ido deshaciéndose de sus colegas del partido revolucionario, y reemplazándoles por hombres de recto espíritu, á medida que ha robustecido su posición en el Parlamento.

Dueño ya por completo de la situación, no ha querido el conde de Taaffe deshacer en un día la obra del partido revolucionario: derriba el edificio echando abajo una piedra todos los días, y el resultado corresponde á sus esperanzas.

Háale llegado actualmente su turno á la cuestión de enseñanza, y ha presentado un proyecto de ley de transacción, encargado de preparar el camino á la restauración completa de la tesis católica en tan transcendental asunto. El celo con que la defienden los católicos, y la saña con que la atacan los revo-

lucionarios, prueban bien claramente cuál es la tendencia de la futura ley.

Por fortuna, la victoria del Gobierno está asegurada en el Reichsrath, y los beneficios de la vuelta á la enseñanza cristiana no se harán esperar.

Diversa es en realidad la situación política de Hungría que la de Austria. En este imperio ocupa el poder un ministerio profundamente conservador, y en Hungría se hallan las riendas del Gobierno en manos de los doctrinarios.

De aquí que siendo muy parecida la reforma de la ley de enseñanza que discuten las Cámaras de Viena, de la que discuten las de Pesth, pueda aquélla ser aceptada y defendida por los católicos que en Hungría combaten ésta. Aquélla es una ley de transacción que puede aceptarse como principio de la restauración cristiana; ésta es la consagración de una tesis doctrinaria destinada por sus autores á perpetuarse en la legislación.

La batalla que se libra en las Cámaras de Pesth es tan reñida como la que se libra en las de Viena. En éstas lucha la derecha contra la izquierda; en aquéllas el proyecto del Gobierno es combatido lo mismo por los católicos que por los radicales que atacan briosamente á los centros en que se apoya el Sr. Thisza.

Por desgracia, el triunfo de éste parece seguro, á lo cual contribuye no poco el hecho de haber sido cobarde é indignamente asesinado por una tropa de ladrones, el ilustre jefe de las huestes católicas, señor Mailath.

Mientras Alemania reconoce al clero sus derechos de inspección sobre la enseñanza, Francia añade á sus torpezas una nueva torpeza secularizando las escuelas de Argel y de todas sus colonias.

¿Qué lazo podrá unir á la población europea de Argel contra la población indígena, si llega á desaparecer la comunidad de fe y de sentimientos religiosos? Los españoles, los italianos, los malteses, que están allí en mayor número que los franceses, aman á su patria más que á Francia, á la que nada les liga. No pueden sentirse unidos entre sí por unos mismos sentimientos patrióticos.

Con la secularización de la enseñanza, la población europea no tardará muchos años en ser inferior en civilización á la población africana, y su desaparición del Norte del vecino continente será cuestión de tiempo. Surgirá un nuevo Bou-Amema; Francia, entregada á los horrores de la revolución, no tendrá fuerza material para vencerle, y las matanzas de Saida serán generales en Argel, y los españoles, franceses, italianos y malteses que logren salvar la vida, podrán cantar luego en su patria, sumidos en la miseria, las excelencias de la revolución atea y secularizadora.

Tienda el Gobierno francés la vista por el mundo, y en Oriente verá á las escuelas cristianas convertidas en centros de civilización, y en los Estados Unidos verá á los católicos aprovecharse de la libertad que conceden las leyes para fundar escuelas que no sólo neutralizan, sino que anulan en muchos puntos los males que causa á la sociedad la indiferencia religiosa del poder público.

¿A qué son debidos, en gran parte, los progresos de la civilización en Egipto, sino á las escuelas cristianas, auxiliares poderosísimos de las misiones, á quienes en realidad se debe el primero y más importante impulso?

Bendígamos los juicios de Dios.

El Gobierno de la República francesa ha prestado, sin quererlo ni saberlo, un gran servicio á la causa de la civilización de los pueblos orientales con la secularización de las escuelas de primera enseñanza.

Gracias á esta medida, digna de las más severas censuras, las Congregaciones religiosas que en Francia se dedicaban á la enseñanza, han emigrado al Asia Menor, á Egipto, á Persia, donde prestan importantísimos é inapreciables servicios.

Francia pierde en civilización lo que aquellas regiones ganan.

Justo castigo á la ceguera de sus gobiernos.

D. ISERN.

LA COMIDILLA



igo de la política, parodiando á aquel *bonus vir* de los nísperos...

Pero es posible que alguno de mis lectores ignore lo que decía de los nísperos aquel *bonus vir*. Pues decía:

«Me alegro de que no me gusten los nísperos,

porque si me gustaran los comería y es fruta que detesto.»

Y yo digo otro tanto de la política:

Me alegro de que no me guste, porque si me gustara, tendría que hablar de ella á cada paso, y es cosa que me revienta.

Disgústame la política por muchas razones, que no he de exponer aquí en detalle, pero principalmente por una que he de decir: porque no la entiendo.

Desde que empecé á discurrir, digo mal, desde que empecé á oír discurrir á los demás, empecé á oír hablar de política.

Desde que empecé á leer, devoré periódicos, que eran, en verdad, muy escasos en aquellos tiempos y les llamábamos *papeles públicos*; algo más adelante les dábamos el nombre de *diarios*, aunque se publicasen semanalmente.

Desde que empecé á tener condiscípulos y amigos, hablé de política, en fuerza de oír hablar de lo mismo á todo el mundo.

Pues bien, ni antes, ni después, ni más tarde, ni ahora, ni nunca he logrado entender ¿qué es entender? definir siquiera la política.

Creo (y quedese esto entre nosotros) que otro tanto les sucede á muchos que sólo viven de la política, como vive la polilla de la ropa vieja que tritura. Pero esta no es una razón para que yo, con más años acuestas que Matusalem, no haya podido aprender, no digo una jota, por ser frase anticuada, pero ni siquiera una petenera de esa música á cuyo son bailan las dos terceras partes de los españoles.

Porque, eso sí, á los españoles podrán faltarnos condiciones y aptitudes para otras cosas, pero nos sobran para *hacer política* como ahora se dice. Desde el más estirado ateneísta hasta el último profesor de barrido de las calles de Madrid, todos hacen ó padecen política; todos son idóneos para gobernar el país y para enmendar la plana á los gobernantes, suponiendo que los gobernantes hagan planas, que no lo sé; todos sirven, en materias de política, lo mismo para un barrido que para un fregado.

Confieso que me muero de envidia cuando oigo en alguno de los círculos á que suelo rara vez acudir (y que, entre paréntesis, no sé por qué se llaman *círculos*, como no sea por malquistarse con la Geometría ó por lisonjear á las plazas de toros), cuando oigo, repito, disertar sobre la *cosa pública* (menos entiendo esta traducción de la *res pública* aplicada á nuestro mecanismo político... Y basta de paréntesis, que es vicio de que no puedo corregirme); cuando oigo discurrir con la cabeza, sobre los más intrincados y complejos problemas políticos, á personas que en todos los demás asuntos no políticos sólo saben discurrir con los pies.

Me admiro y dilato extraordinariamente el arco supercilioso, que es el sitio donde estuvieron mis cejas, al escuchar á Don... (Eso quisieran ustedes, que les dijera su nombre) á D. Fulano de Tal, á quien conocí allá *in illo tempore*, cuando éramos ambos unos jovencuelos, él cadete agregado á las fuerzas que mandaba D. Rafael del Riego y que *dieron el grito*, como se decía entonces, en las Cabezas de San Juan, y yo... Pero nada les importa á ustedes lo que yo era en aquella fecha, bastándoles saber lo que soy en esta facha, un vejete insoporable.

Le conocí dando vivas estentóreos á la Constitución de 1812, á la sazón archivada. Supe después que, pasados pocos días, había gritado no menos entusiastamente en Cádiz, incorporado á los soldados que en una noche memorable arremetían, acuchillaban y disolvían á los regocijados paisanos que celebraban con músicas y aclamaciones la colocación de una lápida que decía: «Plaza de la Constitución.» Más tarde, y cuando triunfó oficialmente el movimiento iniciado por Riego, se distinguió por sus *ideas exaltadas*, se inscribió en una de las sociedades secretas que entonces estaban de moda y que, al menos tenían el buen gusto de no llamarse *clubs*, y echó sapos y culebras contra el rey y los ministros. Algún tiempo después le encontré en Madrid aplaudiendo á los oradores de la *Fontana de Oro*. Volví á verle más tarde, entre la inmensa muchedumbre que esperaba en la Plaza de la Cebada la llegada de un reo que iba á ser ajusticiado, y le oí aplaudir el fallo del tribunal que condenaba al reo á la horca, y le oí ensalzar la sabiduría del monarca y la sana política de sus ministros... El monarca era el rey absoluto, y el ajusticiado era D. Rafael del Riego.

Pero ¿á qué seguir las fases, cambios, evoluciones y zig-zags de D. Fulano de Tal durante su carrera, que fué aprovechadísima, como no podía menos de esperarse de tales comienzos? Baste saber que de etapa en etapa, de conspiración en resella-

miento, de motín en asonada y de contrata en insolvencia, ha llegado á juntar una suma de política que yo daría por tres pesetas y un capital en metálico que él no daría por toda la política de Bismarck.

Este señor (no el canciller alemán, sino D. Fulano) habla de los asuntos políticos con una verbosidad encantadora y sacude la fusta de la sátira sin compasión sobre los hombres públicos, principalmente sobre los tráfugas... (¿Cómo le gusta esta palabrería!), sobre los apóstatas, sobre los Janos de la política, sobre todos los que hacen de éstos un escabel para asaltar altas posiciones, etc., etc. — Les digo á ustedes que es cosa de oírle.

Otro señor concurre á la reunión, que también habla de política como un libro, pero su especialidad es la *gestión financiera*, como él dice y dicen tantos otros atropellando el habla castellano. El señor á quien me refiero presenta y desenvuelve en menos que canta un ciego un plan completo de Hacienda que, en media docena de años, nos dejaría como una balsa de aceite, acabaría con la Deuda pública, suprimiría todos los impuestos indirectos, rebajaría en un 80 por 100 la contribución territorial, aumentaría en un 500 por 100 las rentas, y permitiría destinar, en cada ejercicio económico, cien millones de duros (porque el duro sería la unidad monetaria en esta especie de Arcadia económica) á obras públicas, ciento ochenta al fomento de la marina, noventa al ramo de instrucción pública, *et sic de coeteris*.

Y de tal modo aplica sus proyectos, y con tal claridad combina y descompone los guarismos, y con tanta lógica presenta sus conclusiones, que ve el auditorio, como por los efectos ópticos de una linterna mágica, las oscuras y téticas frases *apuros del Erario, deuda flotante, empréstito, negociaciones del Tesoro, corte de cuentas, bancarrota*, etc., transformarse en *desahogo, superavit, plétora monetaria, alza de los valores, afluencia de capitales, era de ventura y vendimia de felicidad*.

¿Quién había de decir que este eminente hacendista no ha sabido manejar los ochenta mil pesós fuertes que le trajo su padre, hoy difunto, de la isla de Cuba, y, sin malversarlos, antes bien emprendiendo sucesivamente una porción de negocios de éxito seguro en teoría, ha llegado á consumir su capital, su crédito, el porvenir de sus hijos y hasta una parte de su dignidad personal, y hoy vive entre deudas, pagarés, papeletas de empeño y cuentas y facturas que no verán jamás firmado el *recibí*?

Y no quiero hablar de la señora de la casa donde se verifica esta reunión de sumidades políticas, señora que se levanta tres tacones de moda por encima de Mad. Rolland y á quien Mad. Stael no serviría ni aun para ponerle los polvos de arroz en la mejilla. No quiero, por respeto á su sexo y para no descoser la delicada túnica de su modestia, decir que corta patrones de sistemas políticos con una seguridad pasmosa, que hilvana Constituciones como hilvanaría una manga de vestido, si supiera, que zurce disidencias y casa matices políticos, ya que no puede casar á sus dos hijas, tan empalagosas (políticamente hablando) como su madre. Digo que no quiero hablar de esta señora sino para hacer constar que sabe mucho, muchísimo más que yo de alta y baja política.

A la misma tertulia asisten algunos jóvenes, estudiosos unos, otros simples estudiantes y otros estudiantes simples. Pues bien, aun éstos me avergüenzan cuando echan su cuarto á espadas en política. Ello es verdad que no han podido hincar el diente al Derecho romano, pero saben al dedillo los derechos imprescriptibles é inalienables. Podrán desconocer la ley de las *Doce tablas*, ó si acaso la conocen de vista, será para aplicar á su catedrático aquella de *Adversus hostem aeterna auctoritas esto*; pero en cambio, saben las leyes de Toro (que confunden con las del toro) y comentan magistralmente las sesiones de las Cámaras y los artículos de los periódicos.

¿Qué más? Hasta el zapatero remendón, ó para hablar con más cultura, el artista en calzado deficiente, que tiene su trípode en el portal de mi casa, entiende más que yo de política y no hay día que, al verme subir ó bajar la escalera, no me dirija una interpelación sobre los asuntos públicos, suspendiendo la lectura de *El Liberal* ó de *La Propaganda Social*, que trabajosamente recorre desde la primera hasta la última línea. Yo suelo contestarle evadiendo la pregunta, como lo haría en las Cortes si fuera ministro, y preguntándole á mi vez: «Pero, Sr. Romualdo, ¿cuándo acaba usted esas medias suelas de mis botas?» Y el Sr. Romualdo me dice volviendo á tomar el periódico: «Pero, señor mío, ¿si no tengo tiempo!»

BLAS.

EL TIRANO DE LA ALDEA¹

I



ANDIDOS hay todavía que creen que existe sobre la tierra algún rinconcillo donde es posible la paz del espíritu, y como consecuencia inmediata el perfecto equilibrio de los humores.

Las grandes pasiones, los choques infinitos de los múltiples elementos y encontradas tendencias que constituyen la vida social en los grandes centros de población, aturden al hombre pacífico y sedentario.

—¡Dichoso el campesino—exclama á menudo—que vive sin ruido, sin política, sin literatos, sin filosofía, sin periódicos, sin gas, sin talleres... y sin guantes! El sol refulgente, la pradera florida, el verde follaje, el río murmurando, la dulce brisa, las mieses fecundas, la sonora esquila y el santo trabajo á la luz del astro vivificante, para depositar en las entrañas de la madre tierra el leve grano que, bendecido por la mano de Dios, ha de producir la sucumbente hogaza... Esta es la vida. ¡Gloria á Dios en las alturas, y paz á los hombres de buena voluntad!

Concedánme ustedes que no hay versión más admitida entre los desengañados de la civilización.

Pero ¿dónde está ese rincón bendecido?

Yo le buscaré con más ahínco que el ilustre genovés el Nuevo Mundo entre los misterios del virgen Océano; yo trocaré estos hábitos, refinados por la civilización, por el burdo ropaje del labriego, y la pluma con que trazo estos rasgos por el timón del arado, si bajo los duros pliegues del tosco vellón, y revolviendo las costras de la tierra, callaran todos mis deseos, renacieran mis juveniles esperanzas, tornara á mi imaginación el color de las rosas, y rendido mi cuerpo por el trabajo de todo un día, hallara, aunque en pobre lecho, el perfecto reposo... Y eso, lector, que no soy, á Dios gracias, de los más infortunados mortales, que mato con repugnancia hasta el insecto que me destruye las flores del jardín, y no he robado al vecino ni á la Hacienda el pan que comen mis hijos. ¡Qué fuera, gran Dios, si me infundiera espanto la guardia civil!

¡Ah! Podrán variar hasta el infinito el peso y la calidad de la cruz, según las fuerzas y la condición de quien la lleve áuestas; pero es innegable que allí donde existe un hombre hay una cruz que le agobia.

Lo del aire puro, lo de la luz radiante, lo de la humilde choza ó del soberbio palacio, lo del paño burdo ó del frac ridículo, aunque son la verdad pura, no pasan de ser meros detalles de paisaje, meros accidentes del inevitable Calvario social en que hemos de morir crucificados.

Cierto es que el sencillo aldeano no conoce el tufillo de las modernas industrias, ni el de los *artículos de fondo*, ni se ha inscrito en la *Internacional*, ni frecuenta el *Salón de Conferencias*, ni está al tanto de los motivos primordiales de ciertas *crisis* ruidosas, ni se le da una higa por todos los derechos políticos, ni conoce las visitas de etiqueta; pero no es menos cierto que paga los desmanes y las ambiciones y las calaveradas de los periódicos, y de la *Internacional*, y las intrigas de los pasillos del Congreso..., y hasta las alfombras de los pasillos. Con sus hijos, porque la gente *ilustrada* armó un cisco gordo y se necesitan hombres para defender al gobierno y á las *instituciones* que se hallan en peligro; con sus pobres ahorros, porque los grandes ejércitos y los grandes destinos consumen mucho dinero, y con su hogar y su cosecha á veces, porque las vicisitudes de la guerra se la llevaron á las puertas de su casa, y se la destruyó una bomba por casualidad, ó se la arrasaron de intento, porque estorbaba á la visual de una batería inmediata.

Además, como pecado ingénito y cruz peculiar, tiene el campesino sus pasiones *non sanctas*, sus deudas de taberna, su *tercio para caer*², su res enferma, su vecino envidioso, su vecina deslenguada, su pleito muy á menudo; y por último, la desdicha que no conocéis, la plaga que no adivináis, viciosos de la ciudad; la pesadilla que jamás os ha quitado el sueño, dormilonas del gran mundo; tiene, en una palabra, ¡al secretario de su ayuntamiento!

Esta es la gran cruz, digo, la cruz grande de los pueblos rurales, el espantajo de su tranquilidad, el abismo de sus economías... *el tirano de la aldea*.

Y aquí debo yo hacer una salvedad muy importante, tanto en honra de los que desempeñan este respetable cargo dentro de las atribuciones que les son propias, como en aclaración del verdadero asunto de este boceto.

En las grandes agrupaciones municipales, ó allí

donde, junto á la riqueza rústica, tienen alguna representación otras industrias lucrativas, no hay que buscar el personaje aludido. El destino está bien remunerado, ha habido muchos aspirantes, y ha podido elegirse uno verdaderamente capaz, suficientemente ilustrado, y honrado á carta cabal. Este secretario, lejos de ser una calamidad para el pueblo, es el mejor amigo del ignorante labriego, y el procurador más desinteresado en todos sus apuros con el municipio. Conozco muchos funcionarios así, y me honro con la amistad de algunos de ellos.

Al tirano de mi cuento se le encuentra en esos pequeños municipios que tanto abundan en las provincias del Norte y Occidente, compuestos de aldeanos de pura raza, sin excepción quizá de una levita *temporera*, apegados á sus yuntas y á sus tierras, como el marisco á la roca, sin más ciencia, sin más literatura, sin más necesidades intelectuales, en esos rinconcitos contribuyentes, de los que jamás se acuerda el Gobierno si no es para sacarles sus hijos y su dinero.

Mi personaje pertenece, en suma, al grupo de secretarios de ayuntamientos de los lugares, que son (al decir de Fernán Caballero) *los más malos, los más venales, los más tiranos y los más opresores de los hombres*.

La plaza está pobremente remunerada y tuvo pocos golosos que la pretendieran. Sólo un indígena puede con ella y un indígena la explota.

¿Cómo la consiguió? No es fácil decirlo, porque no se sigue en esto una tramitación determinada. Era el tal menos apegado que sus convecinos á los trabajos agrícolas, discolo además y turbulento; no tenía mala letra y escribía con soltura; sabía en aritmética algo más que las cuatro reglas y sustituía al maestro de escuela en ausencias y enfermedades; *pintaba en el aire* unas cuentas municipales; escamoteaba como un prestidigitador la *riqueza imponible* á las barbas de la misma administración de Hacienda... quizá sacó alguna vez al ayuntamiento de alguna maraña peligrosa y libró con ello de un grillete á los inocentes concejales... ¡qué se yo! Ello es lo cierto, que de la noche á la mañana se hallaron sus convecinos amarrados á su omnipotencia como pollino al árbol de la noria. Y no borro la comparación, porque como á pollinos entre varas los trata el tiranuelo.

El cual no tiene más rentas ostensibles que los 3.000 escasos reales que vale el destino; y, no obstante, traga más vino que una cuba; cada sábado va de caracolada y cada lunes de callos con arroz: el resto de la semana ferias y mercados, para cuyos viajes tiene un tordillo de buen andar; viste bien y tiene moza, amén de la familia, numerosa, eso sí, pero rollcita y bien trajeada. No se le conocen deudas.

II

Una administración municipal no se hace odiosa á un aldeano por el solo delito de ser algo más cara que otras que la antecedieron: suspira, murmura, pero no pierde el sueño porque le pidan el recargo, y el recargo del recargo, y el tanto por 100 más sobre todos estos recargos, y dos del anticipo, y tres del empréstito, y cinco de consumos, y tanto del *puesto*, y cuanto de los pastores, y esto para el médico, y lo otro para el señor cura. Todas estas y otras exacciones llevan apariencia legal: el aldeano cuenta siempre con ellas ó con otras parecidas; y aunque otro más sagáz pudiera con mucha frecuencia hallar no poco que tachar, así en la calidad como en la cantidad de lo exigido, él lo paga religiosamente, y no le escandaliza porque no le extrañan los motivos.

Pero es el caso que, después de descansar pagando, como en señal de su ingénita honradez dice el pobre hombre, logra éste á fuerza de privaciones, esconder un roñoso ochavo en el *pico del arca*. Aquel ochavo es, con otros que irá juntando poco á poco, una chaqueta nueva para él, ó una saya para su hija, ó el *puchero limpio* del primero de la familia que *caiga en cama* ó el socorro para el chico si la suerte se le lleva al servicio de las armas; ó el calor del invierno, ó el pan de la primavera. Robarle aquel ochavo es robarle la paz, el sueño, el mayor pedazo de su alma.

Pues bien; este ochavo es, precisamente, el ochavo del secretario.

Cómo lo huele, no siempre se sabe, ni nos importa. Cómo lo saca, es lo que iremos viendo poco á poco.

Al efecto, extendamos más el lienzo y bosquejemos algunos accesorios esenciales á la figura principal.

La Corporación municipal, como que en el pueblo no hay otra cosa, se compone de media docena de toscos, sencillos é ignorantes labriegos, para quienes es una carga insoportable la obligación de asis-

¹ Publicamos este cuadro de costumbres como el mejor medio de completar la biografía del insigne Pereda.

² Tercio de contribución próximo á vencer.

tir á las sesiones. Generalmente estos concejales ignoran por qué y para qué lo son; cuáles son sus atribuciones y hasta dónde alcanzan. El secretario preside, el secretario habla, el secretario resuelve, el secretario lo hace todo. El alcalde y los concejales firman como autómatas, y no pocas veces temblando, como soldado novel que corre á la brecha en pos de su jefe y teme que aquel esfuerzo de disciplina le cueste la vida. Porque es de advertir que estos pobres hombres, recelosos por naturaleza y que tantas cosas ignoran, no desconocen que están amarrados como bestias á la voluntad del secretario.

El juez de paz ó municipal, es otro campesino de la misma madera que los concejales: de letra mal el catecismo, apenas sabe firmar y así entiende de códigos y de interpretar leyes como de capar cigarras. Mal sentado en el tosco banco de la justicia, sabe decir tartamudeando.

— Hable Juan ó conteste Pedro. Y Juan y Pedro hablan y riñen, y aun quizá se cascan las liendres. Y nada más. Pero el Juez tiene á su lado un secretario, y este secretario habla, discurre y sentencia por el juez que no da señales de vida, sino para firmar la sentencia.

El tal secretario es el mismo del ayuntamiento, porque el juzgado no produce bastante para permitirse el lujo de uno especial.

Y hé aquí cómo viene á tener en sus manos la administración municipal y la de justicia, libre de toda responsabilidad.

Pero todavía tiene más.

El solemnizar un contrato de venta con un documento público, trae, según él, el compromiso y los derechos del registro, el registro una declaración oficial de la finca y esta declaración la contribución subsiguiente. Es preferible un documento privado, á lo más en un pliego del sello 9.º extendido *ante él*, que sin tantas rúbricas ni garabatos, da tanta fe como el más guapo, y á mitad de precio que el escribano.

Y así se hace.

Por un procedimiento análogo, recibe la última voluntad de sus convecinos *in articulo mortis*.

Se ve; pues, que también es depositario de la fe pública.

Es dueño del monte, porque el guarda es obra suya, y lo es también, en cierto modo, del médico, del maestro y hasta del párroco, por razones que iremos viendo.

Amén de otros recursos que el lector deducirá fácilmente, tiene otro que puede considerarse como el filón más rico de su mina: un apoderado universal del ayuntamiento en la capital de la provincia. Este hombre, es, por lo común un bribón de siete suelas capaz de pegársela al lucero del alba, concursado veinte veces y procesado criminalmente otras tantas.

Por último, tiene guardadas las espaldas por un señorón, que nunca falta en la ciudad, de esos que en todo ven por disculpa la *razón de Estado*, y que á todo trance le ampara y sostiene, aunque le salten á las barbas rociadas del fango que no ha logrado tapar con su influencia omnipotente.

III

Conocidos ya sus principales instrumentos, hemos de ver ahora cómo maneja algunos de ellos; y no todos, porque fuera ofender la perspicacia del lector irle enumerando uno á uno, cuantos recursos tiene un secretario de esta calaña para hacer un buen agosto en el campo de los que pudiéramos llamar *trampas corrientes* del oficio, después de haber dicho que el ayuntamiento que le paga es sordo, mudo y ciego, y que el pobre pueblo está amarrado á sus antojos como borrico á la noria.

Fijémonos, por ejemplo, en la época de quintas, que es, de todas las del año, la más *socorrida* para el secretario.

Por de pronto, si éste tiene un hijo sorteado, le libra á todo trance, aunque sea más sano y robusto que una encina, le haya tocado el número 1.º y no esté comprendido en ninguna de las exenciones que marca el cuadro. En último caso se forja un expediente declarándole hijo ó nieto único de padre ó abuelo sexagenario y pobre, aunque tenga otros hermanos, y el abuelo más nietos y el padre no llegue á los cuarenta, y el padre y el abuelo vivan de sus rentas como unos caballeros.

Y es de notar que todo esto lo saben los infelices sacrificados: pero se les fascina con un farrago de palabrotas estampadas en un papel sellado, á cuyo pie, para mayor escarnio, se les hace poner sus firmas, cerrando de este modo todo pretexto á ulteriores reclamaciones contra semejante felonía. Para conseguir tal resultado, basta generalmente el miedo que inspira el tiranuelo á los sencillos aldeanos; pero si estos se resisten, se les hace creer que hay el proyecto de presentar ante el consejo pro-

vincial á todos los mozos sorteados exentos del servicio, por medio de expedientes arreglados por el secretario á condición de que todos se presten á formar á su gusto el de su hijo.

Lo que después de servido hace el pícaro con los incautos que le ayudaron, no lo saben estos hasta que en la capital se verifica la declaración de soldados, y se examinan los farragos, intencionalmente incomprensibles, que, como áncoras de salvación de sus hijos, llevaban los pobres hombres guardados cuidadosamente en el bolsillo más hondo de sus burdos chaquetones.

Pedro y Juan son dos mozos que han jugado la suerte juntos. Pedro fué declarado libre en el ayuntamiento, y Juan, soldado, por lo cual Juan protestó á Pedro. Pero el secretario, que es hombre previsora y sabe que ni el padre de Juan ni el de Pedro dejan de apurar los recursos que estén á sus alcances por un puñado de duros, pues los tienen para tales casos, si no al pico del arca, en una res, ó en unas tierras, echándosela de magnánimo y compasivo, le dice á Juan:

— Creo que puedes ganar este negocio si sabes trabajarle en la capital. No seas tonto: sacrifica una onza, y yo te diré quién te ha de sacar triunfante.

El inocente se deja seducir, y poco después recibe una cartita de recomendación, que le da el seductor, para cierto caballero de la ciudad.

— Entregácela mañana mismo — le dice — porque me consta que Pedro piensa ver también al mismo sujeto.

Luego se avista con Pedro, le hace las mismas reflexiones que á Juan, y le añade:

— Sé que Juan va mañana á ver á D. Fulano, pero sé también que no le podrá servir, porque es negocio perdido. Aguántate sin apurarte hasta el día de la entrega, y entonces te recomendaré yo á cierta persona que en un momento arregla los imposibles.

Entretanto presenta Juan la carta al caballero de la ciudad, que no es otro, que el apoderado de quien ya se hizo referencia. Después de oír al mozo y de leer la credencial, se hace el pensativo, frunce las cejas, ráscase la barbilla y dice por último:

— Esto es muy grave... y muy caro. Cuando es cuestión de talla ó de extensiones físicas, con un par de duros para el tallador ó media onza para el médico, estamos al cabo de la calle; pero estos señores del Consejo pican muy alto amigo.

— Ya lo veo observa tímidamente el mozo, ó su padre, ó quien lo represente — pero quiere decirse que... vamos al decir, en el *concepto* de que la cosa marche, *probes semos*, pero por una onza... ú dos... Y el infeliz las hace sonar en la faltriquera para que no se dude de su palabra.

El agente oye el sonido, como el tigre huele la presa, y se hace el desentendido; y después de meditar un rato, ó de fingir que medita, despide al recomendado citándole para dentro de una hora, tiempo que dice necesitar para tantear el terreno.

Cuando se vuelven á reunir, el agente esta muy sofocado. Ha reñido con unos, ha tenido que empeñar grandes luchas con otros, y se ha visto muy mal para convencerlos á todos. El negocio es ya cuestión de dos onzas; pero á condición (y esta la obtuvo el agente por un esfuerzo especialísimo que hizo en obsequio á una persona tan digna como el recomendante) de que si el mozo no se libra se le devolverá el dinero.

¿Qué mas atención, qué mas desinterés puede exigirse á aquel protector?

Así pensando, afloja las dos peluconas el desdichado, y con la promesa de no hablar del asunto ni á su propia sombra, porque de descubrirse el ajo, tanto sufriría el seductor como los seducidos, vuélvese Juan á su lugar lleno de risueñas esperanzas.

La misma escena se representa días después en casa del agente, cuando el secretario le presenta á Pedro para que haga algo por él en las pocas horas que faltan hasta la de la declaración de soldados.

Cuando esta llega, Juan y Pedro admiran al protector que no cesa de moverse del salón de sesiones á los pasillos, de los pasillos á las oficinas y de las oficinas al cuarto de los médicos. Es verdad que también notan que todos sus trabajos se reducen á dar una sombrerada á unos, á mirar intencionadamente á otros, á salir detrás de aquel y á entrar en pos de este; pero como lo principal está hecho de víspera y en secreto, basta su presencia allí como recuerdo de lo convenido.

El Consejo, entretanto, declara soldado á Juan.

Bien sabía el secretario que uno de los dos tenía que serlo irremisiblemente.

El activo protector, en cumplimiento de su palabra, devuelve, pocas horas después, las dos onzas de oro á la persona que representa á Juan.

— No se ha podido hacer más — dice — al entregar las monedas.

Y él que las recibe, al ver tanta honradez, tantos

afanes malogrados, ¿qué menos ha de hacer que obsequiar con unos cuantos duros á aquel caballero?

Despachado así Juan, le dice á Pedro:

— Amigo mío: la cosa ha estado en un tris; llegué á temer que aquellos señores no se conformaran con las dos onzas y se me volvieran atrás: así me lo anunciaron, pero les apreté de firme y al cabo se conformaron. El presidente, sobre todo, estaba empujado como un demonio en los ¡60 duros! Con que te doy la enhorabuena.

Y Pedro, ó su padre, conmovido ante tanta decisión, estrecha la mano de aquel señor generoso, y desliza en ella, por no ofenderle con la oferta, media onza más, que el otro recibe, todo ruboroso, y porque no se tome á desaire.

De este modo, aun sin la propina que es eventual, son infalibles las dos onzas, puesto que uno de los dos mozos tenía que ser soldado. No necesito decir que estas y otras *ganancias* análogas se parten *religiosamente* entre el secretario que prepara los negocios y su asociado que los *remata*.

— ¿Y es posible — preguntará el lector menos perspicaz — que nada sospechen esos pobres hombres?

Así debe ser, puesto que el único convencimiento seguro que llevan de vuelta á su casa, es que los señores que componen el consejo ó la diputación, todos, sin excepción de uno solo, se venden por un puñado de dinero.

Otra vez se trata de un mozo notoriamente inútil por defecto físico, cuyo padre tiene en dinero ó en especie algo que explotar. Aunque declarado libre y sin protesta en el ayuntamiento, el secretario le advierte que en la capital le van á dar un disgusto si no se agarra bien. El mozo tiembla, y su padre se resigna á hacer un sacrificio. Una carta para cierto médico célebre, que *todo lo arregla* en la ciudad, y la promesa de que con menos de 500 rs. quedará el pobre hombre libre de todo recelo, le hacen encaminarse con su hijo en busca de aquella providencia, después de haber malvendido una vaca ó hipotecado el huerto, para llenarse de duros el bolsillo. El médico no es otro que el agente consabido. Enterado de la carta de su socio, manda desnudarse al mozo, que tiene una joroba enorme y una pierna más corta que la otra; le palpa, le soba, le exprime, le estira y le sacude, y acaba por decirle que *aquello* está grave, y que si no anda listo, le van á declarar útil. Felizmente influye él en el consejo y sobre los facultativos, y puede arreglarlo todo si el interesado hace un sacrificio para tapar la boca á *aquella gente hambrienta*. Se calcula en 20 duros el esfuerzo; los afloja la víctima, y con la promesa del filántropo médico de que si el chico no se libra se compromete él á ponerle sustituto á sus expensas, vuélvense á su casa padre é hijo, maldiciendo de las leyes del país y de la conciencia de sus intérpretes jurados; porque sin hombres entendidos como el secretario, y benéficos como el médico influyente, ni los pobres jorobados estarían seguros en su pueblo.

Lo mismo discurre otro infeliz que, merced á un procedimiento análogo, ha conseguido que sólo le cueste 200 rs. el testimonio de un expediente de quintas archivado en la Diputación, de donde no podía sacarse, según dictamen del secretario, en menos de 15 duros, sin la influencia de un amigo suyo que *todo lo arregla* en la ciudad. Como el señorón sólo hace aquellas cosas por servir á los amigos, el buen hombre le ha dado además 3 pesetas para el portero, que por lo visto, se ocupó de esas pequeñas oficinescas, á la sombra de la influencia poderosa de aquel; y cree que se ha ahorrado cinco duros, sin sospechar que le han robado diez y medio.

Y no quiero citar más ejemplos de este género de infamias, por lo mismo que es inagotable el catálogo.

Con la idea que se tiene en los pueblos del saber, de la travesura y de la omnipotencia de un secretario, nada más fácil sería para éste, si le diera por honrado como le da por bribón, que conseguir la concordia completa entre las más enconadas rencillas de sus convecinos. Lejos de esto, las irrita y procura que se lleven todas á la *justicia* para explotarla á su gusto; y donde no las hay, las enciende con el mismo fin.

Un día se ve citado un pobre hombre ante la autoridad.

— Te se acusa — dice el secretario mientras el juez erupia despatarrado en su banco — en parte que pasa el montanero, de haber traído tu hija una carga de *quimas*.

— Eran ramas secas, señor.

— ¡Quimas dice la autoridad!... Esta sabe también que la susodicha hija tuya saltó la huerta de Juan Bardales, al venir del monte, robó las manzanas y rompió el seto. Item, que apedreó las gallinas del mismo vecino en su propio corral. Item, que enturbió la fuente pública un poco después, y le rompió el si-

labario a una niña del mismo sujeto que iba de la escuela y se encontró con ella.

— Señor, la muchacha dice que no cogió una mala manzana; que el seto que se cayó, al entrar ella, volvió a levantarle; que al ver que la acometía el perro le tiró con una piedra que fué a parar al corral y espantó las gallinas; que por sacar un pendiente que se le cayó en la fuente bebiendo en ella, enturbió el agua; y que si rompió la cartilla a la hija de ese sujeto, fué porque la muchacha la tiró del moño.

— Pamema, y todo pamema. Pruebas cantan y aquí están contra tí. Con la menor de ellas te se puede echar a presidio, porque este montón de papeles, que son leyes y decretos, te se va encima. Todo te condena. La ley de *aprovechamiento de aguas* por lo de la fuente; la de *orden público* por lo de las pedradas *tomoltuosas* a las gallinas en propio corral ajeno, y el *Código penal*, título tantos, artículos tales o cuales, por lo de la huerta, supuesto que ha habido robo con fractura, y fractura también en lo de la cartilla. ¿Y qué fué lo de las quimas más que un robo a mano armada y en despoblado? ¿No fué en el monte? ¿No llevaba tu hija un machete? ¿Pues sabes tú lo que rezan las leyes en tales casos?... ¡Hasta la horca, si a mano viene! Pero la justicia no es rencorosa... y todo puede arreglarse. ¿Quieres transigir antes que se escriba el juicio y haya que enviarle al juzgado de primera instancia para que se forme causa criminal?

El pobre hombre tiembla y cree, ante tanto papelón oficial como se le enseña, y sobre todo, ante la idea que tiene de que si no merece su delito tanta pena, puede la habilidad del secretario conseguir que se la apliquen.

— Transijo — dice — aunque casi ignora por qué se le persigue.

Le tasan en seis duros la multa por la leña y los *desperfectos* de la fuente, págales el paciente, así como los derechos del juicio, aunque no se ha celebrado, y paga también la convidada en la taberna, de la cual sale a media noche y a medios pelos admirándose de que el secretario no le haya pedido también las asaduras, pues, lo mismo que la multa, se las hubiera dado sin replicar.

En algunas ocasiones estos infelices se arman de valor y hasta se atreven a consultar sus cuitas con alguna persona más ilustrada y *puédiente* que ellos. Entonces oyen un consejo sano, que de algo les valdría si le pusieran en práctica; pero antes de volver a su casa ya les pesa como un remordimiento, porque temen las iras del despota si lo descubren, y no descansan hasta dar con él y hacerle beber en su mismo vaso.

Porque se han dado casos, muy pocos en verdad, de apelar en un juicio de faltas para ante el juez de primera instancia, y ¡qué cola ha traído el *atrevimiento*! Por de pronto, una sola vez se ha revocado la sentencia del secretario; porque aquel señor que le guarda las espaldas, puede hasta torcer la vara de la justicia. Para eso es influyente en elecciones; y como el secretario le sirve a él en iguales lances, tiene él que servir al secretario a toda costa. La vez que se revocó la sentencia, aunque era inicua, le costó al juez el destino. Con que figurense ustedes.

El hecho es que los perdidosos y el ganancioso sufrieron las mismas consecuencias con respecto a los furores del tirano; porque lo que éste castiga es el atrevimiento de alzarse contra él, no el resultado de la apelación.

Al tenor del caso pintado más atrás, calcúlese cuántos puede urdir el bribón para castigar a sus víctimas y sacarles los cuartos. Aun sin estos motivos no se conoce un ejemplar de que haya sentenciado un juicio conforme a justicia; según el ojo con que mira a cada uno de los litigantes, así sentencia.

Por eso la frase sacramental de los desdichados al verse perseguidos y robados, es esta siempre:

— ¿Y qué voy a hacer yo contra ese hombre? ¡Gracias que se ha conformedo con esto!

Y «esto» es quizá el haberse quedado el pobre sin pan y sin camisa.

Cuando se muere alguien que deja cosa que valga la pena y se propone sacar una parte de ello, bien en



LA CAPILLA SIXTINA EN LAS SEMANAS DE SEMANA SANTA.

concepto de *manda* especial, ó de *mejora* en favor de tal cual pariente, con quien ya se ha puesto de acuerdo, acude a la cabecera del moribundo, papel en mano y pluma en ristre, « porque los abintestatos acaban con las familias. »

— Lego para misas por mi alma — dice el que va a morir.

— Qué alma ni qué calabaza, hombre: las buenas obras son las que te han de salvar, no los pícaros curas.

— Es que San Gregorio...

— Los santos no comen.

— Es que Dios...

— Dios no se ocupa de estas pequeñeces, etc.

Si el testador se convence, se estampa en el papel la voluntad del secretario, y si no... también. Apuradamente aquel casi nunca sabe, ó ya no puede leer ni firmar.

Hecho el documento, llama el secretario a siete borregos que ya estaban avisados y reunidos en la taberna inmediata, firman *a ciegas*, y se acaba la operación.

Muerto el testador, cobra el secretario seis duros por sus *derechos* y el papel; y después que éste se

formaliza más tarde ante escribano, llámase a la parte y recibe la manda, ó lo ofrecido en la mejora que el supo arrancar.

Advierto al lector que no le cito un ejemplo que no sea, no sólo rigurosamente histórico, sino también frecuente y característico.

Si el secretario necesita madera, va al monte, señala los árboles que le convienen, y dice al guarda: — Tímbalos.

A los pocos días se rematan en Concejo tantos robles *viejos* que han aparecido *caldos* en el suelo, según parte del guarda. Están en lo más inaccesible del monte y apenas valdrán para quemar. Con estas noticias nadie los *paja*. Un sólo vecino ofrece cinco reales por cada uno, y eso porque no son para él.

De este modo adquiere el secretario media docena de hermosas vigas por 30 reales... Porque el acarreo se le hacen los vecinos por una convidada de aguardiente.

Como tiene todas las voluntades en su mano y éstas pueden volverse contra el médico titular, contra el maestro ó contra el cura, cuando a él se le anteje, al primero le ha impuesto la obligación de darle 2.000 reales de los 10 que le paga el pueblo;

al segundo, parte del maíz que recauda, ó el equivalente en dinero; y al último, como nada le puede chupar, le tiene prevenido que a la menor alusión que oiga en sus sermones, á su moznón, á sus manejos ó á cosa que le pertenezca, le forma un expediente de conspirador que le balda.

Cuanto se mueve, cuanto respira, cuanto vive en el pueblo está sujeto, amarrado a la voluntad del tirano. Todas las épocas, todos los acontecimientos le sirven para sus fines, y le producen dinero; y este dinero es el sudor, la agonía de unos cuantos pobres labriegos que sin una cruz como aquella quizá fueran felices... hasta donde se puede serlo en este pícaro mundo.

Por eso todos le maldicen, todos le execran, todos, pero muy bajito, le piden á Dios que se le quite del medio; como la mayor de las calamidades; mas como todos le temen, todos, entretanto, marchan sumisos á su voz como rebaño de esclavos delante del sangriento azote; todos tiemblan en su presencia y todos le dan de buena gana la camisa, considerando que pudo haberles robado hasta el pellejo...

Y ahora caigo en que, entreteniéndome en pintar á este

tipo por el lado de sus hechos, no le he dado á conocer por el de su estilo.

Sirva, pues, de muestra el siguiente párrafo tomado de un informe suyo acerca de unos terrenos comunales que trató de apropiarse, so pretexto de que había en ellos una charca, la cual se comprometía á cegar si se la cedían á este precio... con el terreno en que radicaba.

«Asimismo el vecindario colindante á cuatrocientos acace de continuo de terciana pestifera y otras insalaciones, porque según dictamen facultativo, las aguas contingentes en un solo punto arrojan de sí corrompiciones y putrimentos que insurreccionan toda robustez por opípara que sea. Y tocante á esta laguna, excelentísimo señor, es de las más eminentes y perseverantes; como que ocupa una extensión de diez carros de tierra, y no se ve seca de sus líquidos ni en la fogsidad del verano, por lo cual abundan en ella las ranas cuadrúpedas y los peces acuáticos de ambos sexos, quiero decir, de varias dimensiones.»

De manera, lector, que no puede darse un pillo más redomado que sea al mismo tiempo mayor pedazo de bárbaro.

IV

Ahora bien, señores gobiernos (y perdonen ustedes la franqueza): son ustedes muy escrupulosos en averiguar á cada instante cómo piensan en política este ayuntamiento y el de más allá; y si hay informes de que no son *adictos* sin condiciones á los hombres de la *situación*, se les sustituye ignominiosamente, con otros que inspiren á ustedes más confianza. ¡Como si estos pobres baldragas supieran lo que son matices políticos, ni adhesiones, ni partidos! ¡Como si les interesara otra cosa que la lozanía de sus mienes y la seguridad de sus ahorros!

Si se tomaran ustedes el mismo afán por preguntar á sus delegados: — ¿Qué tal por esos pueblos? ¿Se roba, se veja mucho á los pobres campesinos? ¿Queda todavía algún mal secretario sin grillete?

Y con esto, y con enviar á presidio á los ladrones *oficiales* que aún quedasen rezagados en los ayuntamientos... y también á los señores que los encubren, amparan y protegen, los pueblos se irían en tropel detrás del inverosímil gobierno que tal hiciera, le defenderían hasta el heroísmo, y no desplegarían sus labios sino para bendecirle.

Pues á fe que si los gobiernos no toman de buena gana mi consejo, no será por lo *comprometido* del trance ni por lo *costoso* del procedimiento; terribles fantasmas que, en estos tiempos de la diplomacia, de los cabildos, de las mutuas contemplaciones... y de los empréstitos *ventajosos*, son la perpetua disculpa para dejar de hacer tantas cosas buenas como se van echando de menos en España.

JOSE M. DE PEREDA

LA PIRÁMIDE MAYOR DE EGIPTO

I

ANTES que las naciones más cultas de la antigüedad, Caldea, Persia, Asiria, China y Grecia, señalasen sus dinastías con monumentos dignos de su grandeza, la civilización egipcia juntaba á orillas del Nilo señales inequívocas de aventajada cultura social. Entre ellas han merecido siempre la admiración universal las famosas pirámides, descolando sobre todas la que se asienta gallardamente sobre la colina de Gízah, por ser, así como la más perfecta y grandiosa, la única piedra angular de todo el arte monumental que la opulencia egipcia pudo ofrecer á los ojos del universo; el primero y más antiguo objeto artístico de que nos dé noticia la memoria de los hombres, erigido para inmortalizar una ciencia purísima, ante cuya imponente grandeza humillan su frente altanera los hombres del siglo XIX y adoran los designios de Dios.

Hace diez y ocho años que el malogrado John Taylor anunció al mundo literario que la pirámide de Gízah nada tiene de egipcio, ni de humano siquiera, en cuanto á la invención y disposición de su planta, sino que es prueba de inspiración divina, construída por hombres destinados por Dios á preconizar la existencia y enseñanza de la Religión revelada. Y adelantando estas investigaciones, el astrónomo real de Escocia, Piazzi Smyth, aplicó concienzudamente los principios de las ciencias á la demostración de la teoría de Taylor, rompiendo victoriosamente con las rancias preocupaciones de los egiptólogos modernos, y sacando del monumento augusto argumentos clarísimos en apoyo de los fundamentos de las Sagradas Escrituras.

Indicar sumariamente las maravillas encerradas en la pirámide de Gízah, establecer su fin magnífico, rastrear en el laberinto de los tiempos su afortunado arquitecto, y recoger las enseñanzas que debe en ella aprender la ciencia moderna, es el objeto que

1 Este trabajo que hace años comenzó á ver la luz pública, sale hoy de nuevo para divulgarse en nuestra Revista, por su importancia y significación.

nos proponemos en estos ligeros apuntes, sin más móvil que el vivo interés de reivindicar á la ciencia primitiva del hombre sus triunfos indisputables.

II

El delta del río Nilo, situado á 30 grados de latitud del Norte, tiene la forma de un gran sector poligonal, como de cien millas de largo, á cuyo centro vienen á converger y unirse los radios de un arco de 90 grados al Norte. En este centro, corazón del Bajo Egipto, y foco de la cultura del mundo antiguo, por confesión de los paleólogos recientes, á los 29 grados 59 minutos de latitud, á dos leguas del Nilo y del Cairo, al Sudoeste, con poca distancia, de los muros de Gizeh, capital de provincia, sobre los primeros peñascos de la cordillera, descansa inmóvil la gran pirámide líbica, de cuyo pié van alejándose gradualmente otras cuarenta más pequeñas, corriendo al Mediodía por una extensión de doce leguas, sobre las cuales yergue aquella su amenazante cabeza, cortando el vuelo á las nubes, como vigía y centinela de vastísimo desierto.

Estudiando geográficamente este punto central, emporio del comercio del mundo antiguo, merece en primer lugar especial atención el acierto que tuvo el artista en escoger este paralelo de 30 grados sobre los demás paralelos de latitud. Porque primeramente, este círculo menor, parte al hemisferio en dos zonas iguales, como el Ecuador parte igualmente en dos hemisferios el globo entero; por consiguiente, todos los puntos del paralelo en que se asienta la gran pirámide, distan un radio terrestre del Polo ártico y medio radio cabal del Ecuador. En segundo lugar, este círculo de 30 grados viene á ser el límite teórico de las circulaciones aéreas de los trópicos y del Polo; por tanto, divide la tierra en dos climas enteramente desiguales: en el uno de los vientos soplan bajando al Ecuador; en el otro suben respirando al Polo. Finalmente, según la observación de M. Ansart¹, este paralelo y el meridiano del Cairo, cruzándose, encierran tres inmensas extensiones, una oriental que abraza los dominios de los hijos de Sem; otra occidental que pertenece á la raza de Jafet, y otra meridional que pertenece á los descendientes de Cam. Si del Cairo, tomado como centro, se describe un círculo máximo con el radio terrestre, abarcará en su redondez toda la Europa, toda el África, excepto el Cabo de Buena Esperanza; toda el Asia menor, la China y la Siberia: conviene á saber, todo el mundo antiguo habitable. Conforme á estas enseñanzas, el sabio Smyth, llega á otras soluciones: es, á saber, que el punto céntrico de las cinco partes del mundo actual coincide con el Bajo Egipto, donde existe la pirámide; que el meridiano, único capaz de ser origen de las longitudes de toda la tierra, debía pasar por el vértice de la pirámide; que, por tanto, el centro capital, á quien las artes y ciencias le deberían los frutos de la paz y riqueza intelectual, había de concurrir forzosamente con el sitio que ocupa este magnífico monumento; y que, finalmente, el arquitecto adoptó esta posición corográfica, no fortuita y casualmente, sino con intención y pleno convencimiento.

Escogido el lugar del edificio, el autor había de orientarle. Para esto, mirando á los cuatro puntos cardinales, encaró sus cortinas respectivamente hacia ellos con tal exactitud, que la divergencia comprobada por los más delicados instrumentos resulta menor de cinco minutos: propiedad muy rara en los monumentos de la antigüedad, cuyas caras suelen tener varia é irregular orientación.

Después ideó una planta perfecta, cuadrada, con sus cuatro lados iguales y situados en un plano horizontal. Y aquí es de notar que si en la arquitectura práctica de nuestros edificios, aun los más perfectos, son casi inevitables muchos yerros en líneas y ángulos, que en nada desdoran la perfección de las obras, es maravilla inaudita la exactitud con que se formaron las líneas y ángulos de esta pieza arquitectónica, aun examinada á la luz de la geometría abstracta: prueba evidente de que el artífice tuvo singular interés en delinear un diseño sobre base perfectamente cuadrada con todos los primores de la ciencia y del arte. Tomando, pues, la vara de medir, trazó la dimensión de los lados, dando á cada uno, por término medio, 233'16 metros; conque el perímetro total forma un círculo cuadrado de 928'64 metros², perímetro trazado con premeditación manifiesta, como luego se verá. Con no menor acierto dió á la elevación del edificio la longitud de 147'80 metros; altura que hoy fuera imposible averiguar directamente, metro en mano, por carecer la pirámide actual de la punta superior por dilapidaciones temerarias. Si, pues, al tronco existente, cuya altura hasta la meseta es de 130'89 metros, se añade, por cálculo,

el resto de la pirámide deficiente, resultará la altura total primitiva de 147'80 metros, con poquísima discrepancia³.

Restábase al arquitecto, para redondear el plan de su obra, determinar la desviación de las caras triangulares (que tales habían de ser según su piadoso intento), las cuales, inclinándose sobre la base y juntándose entre sí, encerrasen y limitasen el espacio, remontándose abrazadas á la altura propuesta para formar unidas el vértice de una pirámide regular, simétrica y perfectísima. Tal como se encuentra hoy el magnífico monumento es difícil ó imposible medir perfectamente este ángulo de desviación. Porque habiendo la barba agarena de todo punto destruido su envoltura exterior, de aquel poliedro gallardo, puntiagudo y perfectísimo, que parecía inaccesible á la acción del tiempo, quedó un cuerpo irregular, terminando en una mal trazada plataforma, que cogerá al pié de cincuenta hombres, y allí donde se asentaban sillares enormes, artísticamente esculpidos, cimentados con sulfato de cal, que componían alineados un paramento de 204 hileras de capas, sin ranuras, compactas, igualadas en la superficie, formando un piso llano, suave y liso como la azotea de un palacio, sólo se conservan ahora fragmentos angulares, piedras sin orden, superficies quebradas, que descubren la desnudez de la mampostería interior. Afortunadamente el coronel Howard Vyse encontró no ha mucho en la parte inferior del lado Norte algunos de los antiguos sillares, en los cuales halló M. Brettel la solución de la dificultad. Su clinómetro dió para los planos de inclinación, con la base de la figura prima, el ángulo 51 grados, 51 minutos y 14 segundos. Este ángulo de inclinación, si había de transmitirse intacto á la posteridad, exigía para la envoltura exterior material de piedra calcárea, y no de granito, cual se empleó para cubrir las otras dos pirámides. Porque el granito, aunque más fuerte, es menos durable, de poca cohesión, y resistencia, mayormente en climas cálidos; mientras que la piedra calcárea extraída de la sierra oriental del Nilo, si bien más suave y maleable que el granito, es más consistente, menos dilatable y más tenaz que la calcárea de la colina de Gizeh, para conservar la forma que una vez recibió. ¿Podía el arquitecto proveer de materias más adecuadas, ni labradas con más pericia, y calcular mejor su colocación, y combinarlas con más acierto, en época que no le ofrecía modelos que imitar, y cuando, por otra parte, le brindaban todas las canteras de África con variedad de mármoles? De esta circunstancia asombrado Radzivilio⁴ «es de maravillar, dice, que estando la pirámide situada sobre una cordillera que es toda de peñascos vivos, no se haya con ellos edificado; no se ve de dónde ni cómo se pudo transportar tanta cantidad de piedra; ni espanta menos que piezas de tres codos se levantasen á tal altura y se colocasen en la cima formando una como montaña natural.»

No fué casualidad, antojo, conjetura, fausto ó lujo de ornamentación lo que empujó al artífice en la ejecución de tan grande obra: razones tuvo poderosas para dar á cada lado de la base cuadrada 236'16 metros, á la altura vertical 147'80 metros, al ángulo de elevación 51 grados, 51 minutos, 14 segundos, al ángulo diedro de los planos 41 grados, 51 minutos, 7 segundos: razones tuvo para trazar el plan que trazó y seguir porfiadamente en su deliberado intento de realizar un cuerpo, que con todo rigor geométrico tradujese la forma de un demioctaedro regular. Cuáles hayan sido estas razones.

III

Consideremos en primer lugar las importantes verdades que encierran la base y la altura de la pirámide. Si tomando por radio la altura primitiva se describe un círculo desde el centro de la base cuadrada, la circunferencia será igual al perímetro de dicha base⁵, es decir, que entre la doble altura y el círculo de la base existe la misma relación que entre el diámetro y la circunferencia, porque evidentemente

$$\frac{4 \times 232'16}{2 \times 147'80} = 3.14159... \text{ Este guarismo denota una cantidad absoluta, conocida en matemáticas con la denominación } \pi, \text{ expresando la razón geométrica entre una circunferencia y su doble radio: problema importantísimo cuya solución exige conocimientos científicos que difícilmente podían obtenerse en los tiempos en que se levantó el grandioso monumento. Si, pues, ya en los albores de la geometría, encontramos esta verdad conocida y aplicada ¿qué prueba sino que el arquitecto que se valió de ella, tuvo intención formal de usarla, y para usarla}$$

1 Piazzi Smyth, ibid. ch. 7.

2 En su viaje por el Egipto.

3 El sabio John Taylor fué el primero que anunció esta sorprendente relación.

convenientemente ideó una altura tal que representase el radio de un perímetro, cuya longitud fuese la circunferencia rectificada?

Para conseguir su intento, dió á los triángulos isósceles de las caras una inclinación de 51 grados 51 minutos sobre la base rectangular; única condición que podía expresar el valor de π , conforme á su pensamiento; porque otro ángulo cualquiera dejaría de indicar esta sublime relación; como toda otra relación que no fuera π entre la base y la altura habría dejado de satisfacer á la condición del ángulo 51 grados, 51 minutos, 14 segundos, cual efectivamente existe. Así, imaginense, por ejemplo, las razones

$$\frac{5}{2}, \frac{5}{3}, \frac{8}{3}, \frac{10}{3}; \text{ ninguna, excepto la } \frac{232'16 \times 4}{147'80 \times 2} \text{ de}$$

la pirámide, llena cumplidamente el proyecto concebido. Así grabó el sapientísimo piramidista en su obra el valor de π ; preciosidad que, si no estaba entonces oculta á su perspicacia, debía quedar oculta por miles de años en las entrañas del gigante monumento, para abrir más adelante los ojos de los sabios posteriores á más altos pensamientos⁶.

Además de la forma π , de la rectificación de la circunferencia y de la cuadratura del círculo, problemas muy discutidos en la antigüedad, que se enlazan espontáneamente entre sí, y se deducen unos de otros, síguese de la altura de este edificio otra verdad no menos transcendental. Si multiplicamos la elevación en pulgadas inglesas 5819 por 100, y reducimos á leguas el producto, resultan 92 millones de leguas aproximadamente. Este guarismo expresa, según los cálculos más recientes y autorizados, la distancia del sol á la tierra. Con lo cual tenemos que la altura perpendicular de la pirámide es cantidad alícuota, la diezmillonésima parte de la línea trazada de la tierra al sol. Además, calculando el perímetro de la base cuadrada en pulgadas inglesas, siendo el lado de 9131 pulgadas, y dividiéndolo por 100, se obtiene la cifra 365'24, número de los días del año. Así el circuito poligonal de la base representa la eclíptica, ó la órbita que el sol recorre anualmente, dividida en porciones de cien pulgadas al día.

Pues consideremos ahora el interior de la pirámide, esto es, su parte hueca, muy pequeña comparada con la parte maciza. Entrase en ella por una abertura hecha en la mitad de la cara Norte, en la solidez de grandes piedras, á unos 50 piés del suelo; á la boca de entrada un pasadizo bajo y angosto, no horizontal, sino con pendiente en suave descenso, se prolonga con dirección al Sur sin torcer del meridiano; cubren sus flancos piedras labradas; sube luego, y corre horizontalmente hasta llegar á cruzar la vertical de la cúspide á una elevación de 21'84 metros de la base; al fin de este pasillo existe la primera estancia, llamada *Cámara de la Reina*. De aquí por otro pasadizo escarpado sin peldaños, por donde un hombre apenas holgadoamente puede caminar, se sube á una segunda pieza de descanso, reducida, encima del primer piso, á otros 21'84 metros de elevación: esta es la *antesala*, que sirve de vestíbulo ó pieza de ingreso á un departamento espacioso y bien construido, por nombre *Cámara del Rey*: no es esta sala de respeto ni adornada para actos de ostentación, careciendo de antiguallas, emblemas, y geroglíficos; lo único que da en los ojos del viajero en el vasto salón es un arca de granito, exactamente rectangular, vacía, abierta, sin señales ni adornos que indiquen calidad de persona ó cosa allí depositada. Si á los compartimientos dichos se junta un pozo profundo, sin brocal, que repite hasta diez veces, dicen, el eco de los sonidos, todo esto es cuanto hay de notable en la parte vacía de este edificio. Dicho se está de suyo que los dos pisos, que se comunican mediante pasillos, que subiendo y bajando van á desembocar en las dos salas, no fueron escavados en la roca, sino mamposteados expresamente á medida que iba subiendo la fábrica; no recibiendo la luz del día, tienen que hacerse visibles mediante luces artificiales.

Comencemos, pues, á discurrir por estas tres habitaciones separadamente. Tómese en cuenta la dificultad de tener que emplear instrumentos portátiles en un edificio deteriorado por la acción del tiempo, y la necesaria inexactitud de los picapedreros, y se concluirá fácilmente que las observaciones no pue-

1 Por aquí se ve la temeridad de algunos gramáticos y filósofos, que, interpretando torcidamente la expresión del padre de la historia, cuando afirma que «la base y la altura en la pirámide son iguales», desecharon su testimonio. Merced á los esfuerzos de su ingenio profundo, el geómetra Taylor, asentando el principio que todo el cuerpo de la pirámide va sujeto al rigor de leyes geométricas, acertó con la verdadera interpretación de Herodoto, declarando que *el cuadrado de la altura y la superficie de una cara lateral son áreas equivalentes*. En este fallo de Taylor abundó Herschell, sobre todo cuando se persuadió de que la pirámide mayor era la única que justificaba la expresión del historiador de Halicarnaso.

1 *Les Mondes*, 12 Oct. 1876.

2 La gran Pirámide, por Piazzi Smyth. (2.ª p. ch. 6.)

den arrojar números absolutamente ciertos y de indiscutible precisión: lo más que puede pretender el observador es indagar los límites extremos de las cantidades mensurables, estrecharlos entre sí, y tomando la promedia, fijar en ella el punto de partida de su razonamiento.

JUAN MIR S. J.

(Continuará.)

LA SEPULTURA DE CORNEJO

CON motivo de la orden dada por el Excelentísimo y Rmo. Prelado que fué de Córdoba P. Zeferino González para que se grave de nuevo la inscripción medio perdida de la lápida sepulcral del celebre autor de la sillería de coro de aquella Santa Iglesia, nos parece oportuno publicar las siguientes interesantes noticias que nos suministra el laborioso y erudito sacerdote que suscribe este escrito.

«Entre las innumerables y riquísimas joyas de arte que encierra la singular y por muchos conceptos famosa Catedral de Córdoba, merece uno de los primeros lugares el coro de su capilla mayor, obra del inmortal escultor estatuario sevillano D. Pedro Duque Cornejo.

Obra preciosa y completa cuya excelencia llama la atención de todos, y con sobrada razón es el encanto de los inteligentes y la admiración aun de los más extraños á toda idea de arte.

Por lo cual parece justo y conveniente que para su mayor realce y brillantez sean conocidas las interesantes y detalladas noticias que de su ejecución recogió el Ilmo. Cabildo, y cuidadoso conserva en su archivo de esta Santa Iglesia Catedral.

Se hallan todas contenidas en un tomo en folio de 1036 hojas, en cuya primera plana se lee *Jesús, María y José. Escrituras de obligación otorgadas por D. Pedro Duque Cornejo, estatuario de S. M., para la dirección y fábrica de arquitectura y talla de la sillería nueva del coro de la Santa Iglesia Catedral de Córdoba, trono del Ilmo. Sr. Obispo y señores Asistentes. Vichas grandes y pequeñas del capialze de la tribuna, imágenes de los Santos cuatro Evangelistas y Santo Crucifijo del facistol.*»

Es interesantísima la lectura de dichos documentos, los cuales revelan el gusto artístico, instrucción y prudencia de los Ilmos. Sres. Obispo y Cabildo, á la vez que las singulares prendas de tan notable artista. Esto se conoce en su verdadero carácter, mejor que con reflexiones, con la copia literal de algunos párrafos del contrato. Dice así en su segunda plana:

«Habiéndose dispuesto por dichos señores Obispo, Dean y Cabildo, se fabricase la dicha sillería, y hablándose sobre el asunto con varios artífices, deseando el mayor acierto en obra tan costosa y para sitio tan magnífico, se habían mandado formar distintos modelos de sillas y medallas, entre los cuales había ejecutado uno D. Pedro Duque Cornejo, el que habiéndose visto por dichos Ilmos. Sres. Obispo y Cabildo, se había elegido para que con arreglo á él se hiciese la sillería por la disposición y cuidado del dicho D. Pedro Duque Cornejo.»

Y entre las condiciones del contrato dice la primera: «Que se obliga el dicho D. Pedro Duque Cornejo á estar y permanecer en esta ciudad de Córdoba todo el tiempo que durare la obra y fábrica de sillas altas y bajas, facistol y trono, sin que en este tiempo pueda hacer ausencia sin grave motivo y con consentimiento de los señores Diputados, ni menos ha de poder admitir otras obras que dilaten la conclusión de esta.» Y por la segunda, «se obliga á dirigir toda la obra de arquitectura y talla hasta quedar concluida y puesta en su sitio, cuidando de la mayor seguridad y union de las piezas que se han de hacer sin clavo ni tarugo, arreglándose al modelo que ha ejecutado de su mano sin mudar, añadir ni quitar, y lo que se mudare, quitare ó aumentare, siempre ha de ser con gusto, voluntad y licencia de dichos Sres. Diputados, teniendo presente la variedad que se ha de observar en las sillas y sus adornos con simetría y correspondencia de una gualdere á otra... «A hacer en cada una de las sillas altas una medalla historiada de escultura... la cual en una gualdere ha de llevar los misterios de Nuestro Redentor y en la otra los de Nuestra Señora, según que se eligiese por los dichos señores, haciendo antes de la ejecución un modelo, para que los dichos señores lo vean y puedan quitar ó poner lo que les pareciere, y con arreglo á esta determinación hacer las referidas medallas que han de ser de escultura excelentísima como sabe y puede hacer el di-

cho D. Pedro, todas de su mano y de una pieza... «Que así mismo ha de poner en cada una de las sillas altas otra medalla historiada en la que se ha de poner el caso de la Sagrada Escritura que se le señalare... Así mismo se obliga á poner un niño de rica escultura en todas las mediaciones de los arranques que caen sobre el macizo de las columnas, observando en esto variedad de movimientos... á hacer para cada una de las sillas bajas otra medalla del tamaño y relieve correspondiente á la pequeña de las sillas altas, la que ha de ser de un santo mártir de Córdoba con un lejos historiado del martirio de cada uno...»

Todo lo restante del libro está ocupado por las cuentas minuciosas hasta la saciedad, y circunstancias de la obra, en las que se encuentran detalles tan curiosos como interesantes. Allí figuran los nombres de todos los que tomaron parte en obra tan notable, desde el de D. Pedro Duque Cornejo hasta el del último aprendiz ocupado en las más sencillas faenas; las cuentas por semanas de todos los gastos desde las grandes sumas empleadas en la caoba y su transporte hasta los seis ú ocho reales para obsequio de los carreteros conductores y los maravedises gastados en la reparación de herramientas. Allí se conservan 266 recibos firmados todos por el insigne Maestro, el último de ellos cuatro días antes de su muerte, y tres por su señora é hijos como conclusión de las cuentas. Y luego un resumen general de todos los gastos hechos y de las donaciones para su costo, en esta forma:

GASTOS DE LA OBRA		Reales.	Mrs.
A D. Pedro Duque por su salario	30.662	17	
Al mismo por 60 niños de la coronación de las sillas á 4 pesos de á 15 reales	3.600		
Por 65 medallas grandes á 48 pesos	46.800		
Por 67 id. pequeñas á 8 pesos	8 040		
Por 22 vichas del barandal á 24 pesos	7.920		
Por 46 medallas de sillas bajas á 5 pesos	3.450		
Por 4 Evangelistas á 60 pesos	3.600		
Por el Santo Cristo del facistol	500		
Escultura del trono de su Ilma	27.000		
Id. de 60 sillas altas á 16 pesos	14.400		
Id. de 46 bajas á 7 pesos	4.830		
Gastado en madera de caoba	101.361	19	
En losillas de Génova	17.852	10	
En operarios y materiales	643.872	28	
	913.889	06	

CAUDALES CON LOS QUE SE COSTEÓ

El Ilmo. Sr. Obispo D. Miguel Vicente Cebrian dió en vida	200.500	
De herencias que dejó á la fábrica	216.591	32
El Ilmo. Cabildo	60.000	
El Sr. Arcediano D. José de Recalde	120.000	
La obra pía fundada para la consejación del retablo	40.000	
La fábrica de la Santa Iglesia Catedral	276.797	08
	913.889	06

Con respecto á esta notable obra, que duró doce años, nada puede decirse mejor que esto: *A la vista está*, y que según el común sentir, es la más rica y más acabada entre todas las de su clase.

Hay sin embargo en ella una cosa que generalmente extraña á sus admiradores, porque no se puede explicar á simple vista ni de esto da noticia directa su contrato á pesar de ser tan minucioso y detallado. ¿Cómo es, se pregunta el observador curioso, que en este portento de ordenada variedad y precisamente en su parte principal, como es el trono, se halla en los medallones de sus sillas una serie de santos, sin orden ni concierto de historia ni de jerarquía? Allí vemos á San José, San Miguel, San Antonio, San Vicente, San Pedro, San Juan, San Felipe, San Pablo. Pues esto lo explica satisfactoriamente la juiciosa observación del ilustrado P. Moga S. J. que lo atribuye á la devoción que profesaban á los santos de su nombre el Ilmo. Sr. Obispo D. Miguel Vicente Cebrian, D. Pedro Duque Cornejo y los señores Diputados encargados sucesivamente en la dirección de la obra D. Juan de Goyeneche, don José Capilla Bravo, D. José Zapata, D. Juan Antonio Carrascal, y los santos Felipe y Pablo pudieron ser los nombres de otras dos personas caracterizadas de aquella época:

Para la biografía de tan insigne varón como notable artista solo podemos apuntar que nació en Sevilla por los años 1677, que estaba casado con doña Isabel de Artiaga, de la que tenía cuatro hijos, don Jose, D. Manuel, D. Luis y doña Margarita, que era estatuario de Cámara de la Reina doña Isabel Farnesio, esposa de Felipe V, y que vino á Córdoba con uno de sus hijos el 4 de Abril de 1747, donde permaneció, excepto alguna corta ausencia, hasta su muerte, ocurrida al acabar tan singular obra, en Córdoba á 4 de Setiembre de 1757. Fué sepultado al siguiente día, como consta en la partida que se conserva en el archivo parroquial del Sagrario.

La hoja de cuentas correspondiente á la última

semana de Setiembre de dicho año, dice: «El Ilustrísimo Cabildo mandó se le costeara su entierro con la mayor ostentación, por cuya razón fué de cinco capas con la asistencia de la Congregación, Comunidades y Capilla de música de esta Santa Iglesia dándole asimismo sepultura propia con su lápida en atención á ser el artífice célebre que en estos tiempos se ha descubierto, así de escultura como de arquitectura, agregándosele el ser gran perspectivo y adornista... como todas sus obras lo acreditan.

Y sobre todos estos elogios y cuantos de él pudieran hacerse, sobresale éste que el acero grabó sobre la piedra de su sepulcro *«Varón de insigne bondad y sencillez.»*

Nuestro Excmo. y Rmo. Prelado acaba de dar orden para que la inscripción de esta lápida, bastante borrada por el piso, sea abierta de nuevo; uniendo así de una manera finísima el interés que tanto ha demostrado por la gloria y esplendor de la Iglesia que gobierna, con el que siente ya en su corazón por el justo renombre y lustre del que fué hijo de la nueva Diócesis, á cuyo gobierno es elevado por sus méritos universalmente conocidos.

Córdoba 19 de Febrero de 1883.

MANUEL DE TORRES Y TORRES, Phro.

LA TRICHINA SPIRALIS DE OWEN

Los tristes y aterradores efectos producidos recientemente en Málaga por la *trichina* han motivado la publicación, en *El Progreso Industrial*, de un artículo suscrito por el Dr. Cisneros, y cuya parte principal reproducimos á continuación, seguros de que nuestros lectores leerán con gusto los interesantes datos que el Sr. Cisneros expone en su concienzudo trabajo, con el cual ha prestado un señaladísimo servicio á la humanidad, tanto más fructífero, cuanto que sus observaciones han sido hechas en presencia de los estragos producidos por tan terrible plaga; dice así:

«La *trichina spiralis* de Owen, llamada así por estar el animal arrollado sobre sí mismo á la manera de un cabello rizado, es un parásito del cerdo, y consiste en un gusano del orden de los *nematóides*, que procede á su vez de otros mamíferos, especialmente de las ratas y ratones, que, siendo tan abundantes en los establos donde se crían estos paquidermos, los devoran con avidez siempre que encuentran ocasión para ello.

«La *trichina* se presenta bajo dos aspectos diferentes, enquistada ó libre; en el primer estado se la ve siempre entre los músculos de fibra estriada, envuelta por una membrana de forma ovoidea, que consta de dos hojas, una interna en contacto con el *entozóario*, y otra externa, en relación con las masas carnosas; en esta cavidad se anidan de uno á tres animalillos, que tienen la longitud de 5 décimos á un milímetro los machos, y de 3 á 4 milímetros la hembra; una de sus extremidades es aguda y corresponde á la boca, y la otra obtusa, donde desemboca el tubo digestivo, que es de la longitud de su cuerpo: carecen de vasos, y el sistema nervioso está constituido por un glomérulo ganglionar, situado detrás de la boca.

«Estos quistes, á causa de la adherencia de sales calcáreas en sus paredes, se metamorfosean, y desaparecen por la filtración al interior del tejido adiposo.

«Cuando las triquinas enquistadas son ingeridas en el estómago del hombre, los jugos gástricos disuelven á las pocas horas sus envoltorios, dejando á estas en libertad, que así adquieren un rápido incremento, uniéndose los sexos á los dos días, y reproduciéndose á los seis en la fabulosa cantidad de 500 á 1.000 por hembra, desde cuyo momento, por ser vivíparas, comienza su emigración, atravesando los intestinos hacia los músculos, y ocupando principalmente los del brazo, lengua y diafragma, en donde se enquistan, no siendo ya sexuales, degenerando á los tres meses, y pudiendo vivir así hasta diez años, según Wadger.

«La triquinosis, consecuencia terrible de la alimentación con carne de cerdo infectado, es bastante antigua, aunque su conocimiento exacto data sólo del año 1822, en el que Tieddman descubrió é indicó algunos caracteres de la triquina; posteriormente Hilton, en 1833, perfeccionó y amplió este descubrimiento, y últimamente, el célebre naturalista inglés Owen, en 1835 la presentó descrita hasta en sus más insignificantes detalles.

«Apareció, según datos fidedignos, y desde la época mencionada, primeramente en Prusia, y sucesivamente despues en Inglaterra, Sajonia, Baviera,

1 Este modelo es sin duda alguna la silla trono que hoy usa en su despacho el Sr. Provisor.

1 Está dicha sepultura al lado del Evangelio del altar mayor en la nave del Cautivo.

Austria, América del Norte, y, desgraciadamente, en España el año 1876 en Villar del Arzobispo.

Las constituciones individuales y los estados climatológicos influyen sobremanera en su desarrollo, haciendo que sus síntomas sean más ó menos acentuados y sus terminaciones más ó menos funestas.

Hasta hoy pueden aconsejarse, como medios profilácticos, el someter la carne á la temperatura de $\pm 75^{\circ}$ C., lo cual supone la de 90 á 95° en la superficie; la salazón abundante y sostenida de modo que la salmuera penetre por todos los intersticios de la fibra muscular; las fumigaciones calientes, por espacio de veinticuatro horas; pero el más eficaz es la abstención completa de comer carne de cerdo cruda.

Los síntomas que caracterizan la presencia del triquino en la economía, varían según se presenten en uno de los cuatro períodos, por los que se desenvuelve la enfermedad: expondré, pues, los más principales, según se van manifestando dentro de estos períodos, y durante el curso de la dolencia que nos ocupa.

Primer período, ó de irritación gastro intestinal:

En algunos sujetos pasan casi desapercibidos los primeros síntomas, pero en la mayoría de los casos acusan estreñimiento, anorexia, lengua algo sucia, pero siempre húmeda, y escalofríos; en otras ocasiones hay náuseas, erupciones, gastralgia, cólicos violentos, vómitos biliosos ó alimenticios, diarrea abundante, aliento fétido, pulso pequeño y poco frecuente, gran malestar, abatimiento general, calofríos seguidos de sudores, cefalalgia gravativa, vértigos é insomnio pertinaz.

Dos fenómenos se encuentran en todas las formas de la triquina que tienen un gran valor diagnóstico: el primero, sudores excesivos que no existen en el cólera, y el segundo, una postración muscular que se determina á menudo antes de la diarrea. Pero la forma característica de esta dolencia es la forma edematosa, ó sea en la que predomina la hinchazón por la serosidad infiltrada en el tejido celular.

Estos accidentes duran un septenario, y es raro sean tan graves que puedan producir la muerte: sin embargo, no es imposible, estando en razón directa con la cantidad de trichinas ingeridas, y con la actividad del jugo gástrico para disolver sus cápsulas.

En este estado pasa la enfermedad al

Segundo período, ó de irritación muscular, que corresponde al segundo, tercero y parte del cuarto septenario.

Los síntomas gástricos casi desaparecen, siendo reemplazados por una debilidad general, edema de la cara, que empieza por los párpados, y de las extremidades inferiores (carácter seguro de la inmigración de los parásitos en las masas musculares); la fiebre, el insomnio y los vértigos se acentúan más, y comienza la inflamación de los músculos, que se ponen duros, tensos, muy sensibles y dolorosos, entrando ya en el

Tercer período, ó tífico, en el cual, ó comienza la convalecencia (cuarto período ó de edema anémico) ó aumenta considerablemente la fiebre: la lengua se seca, el vientre se meteoriza, aparece de nuevo la diarrea, hay emisiones involuntarias de la orina, delirio ó comia, pulso filiforme, anhelación, carfología, hipo, y, como terminación de este horrible cuadro sintomatológico, la muerte.

La ciencia, ya sea por lo reciente del conocimiento de esta enfermedad, ó porque la naturaleza se haya negado á dar luz sobre este asunto, es lo cierto, que hasta hoy no conoce ningún específico contra la trichinosis, si bien hay varias sustancias que en un intervalo más ó menos largo matan al entozodrio; pero que es menester administrarlas con mucha precaución, porque podrían hacer sucumbir al enfermo antes de que abortara la enfermedad; estas son por su potencia insecticida: el aceite de oliva, que mata al nematode instantáneamente; el alcohol, á la media hora, la solución concentrada de cloruro de sodio, á la hora; el cloroformo, á las cinco horas; el percloruro de hierro y la benzina, á las seis; el bicloruro de mercurio, á las diez y ocho; el carbonato de potasa, á las diez y nueve; el vino aromático, á las veintitrés, el yoduro potásico á las treinta, y el aceite de trementina, á las setenta y dos.

No la mata ni la carne envenenada ni la putrefacción.

Debo advertir á mis lectores, que los experimentos anteriormente expuestos han sido practicados en triquinas fuera del cuerpo humano, habiéndose podido así aplicar, sin detrimento ni exposición, los más enérgicos medicamentos.

1 Pulso de 112 á 144, respiración de 40 á 44, temperatura de 39 á 41° C.

LOS GRABADOS

DON JOSÉ MARÍA PEREDA

Insigne novelista y escritor católico

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, que no ha comido por la honra de Perez Galdós, sino que al contrario, ha protestado contra la ocasión, las tendencias y la forma de los banquetes del Restaurant de Ayala en honor del autor de los Episodios Nacionales, se complace hoy en publicar el retrato de un gran escritor y hábil novelista que, escondido en el rincón de una provincia, cultiva las letras patrias con no menos lucimiento y con más sanas intenciones que los ídolos de la populachera liberalista.

¿Por qué no recibe el Sr. Pereda esos aplausos que tan pródigamente se reparten á los novelistas del Ateneo? Porque el Sr. Pereda es católico, y sus novelas tienen un fin profundamente moral; porque el admirable autor de Escenas montañosas es un escritor independiente, que no pacta con los prohombres de la literatura ruidosa, para comprar á precio de su conciencia el aplauso universal de la fama madrileña.

Y sin embargo, el Sr. Pereda es un novelista de primer orden, por su brillante ingenio, fácil pluma, fantasía creadora, estilo correcto; pintor incomparable de costumbres y lugares, moralidad intachable y elevación de pensamientos.

Sus principales obras publicadas son las siguientes:

Escenas montañosas.

Tipos y paisajes (segunda serie de Escenas montañosas.)

Bocetos al temple.

Tipos trashumantes.

El bucy suelto... cuadros edificantes de la vida de un solterón.

D. Gonzalo González de la Gonzalera.

De tal palo tal astilla.

Esbozos y rasguños.

En cuanto á la biografía del Sr. Pereda seremos muy breves, porque no queremos ofender su extraordinaria modestia, haciendo públicas sus singulares prendas de honradez, virtud y noble carácter.

Nació en Polanco, pueblo de la provincia de Santander, el año de 1834. Sus padres, distinguidos entre las familias nobles de la montaña y muy bien acomodados, dieron á nuestro autor una educación esmerada, complaciéndose sobre todo, en formar su corazón y su inteligencia en las verdades de la fe cristiana y en los sentimientos tradicionales de la España católica.

Cursó en Santander los años de filosofía, y graduado de bachiller en artes, pasó á Madrid á estudiar la carrera de ingeniero civil, á que sus padres, más bien que sus aficiones, le dedicaban.

Sus aficiones se pronunciaron desde luego por las letras, y muy joven aún comenzó á escribir en varios periódicos de Madrid y con mayor afán en los de su querida provincia de Santander. Su género favorito fué desde los primeros ensayos el de costumbres, en el cual se ha granjeado tan alta reputación, que sin exageración puede decirse, que no tiene rival en España.

Refractario á las luchas políticas no parecía que hubiéramos de verle en la brecha; y sin embargo, la Revolución de Setiembre le sacó de sus casillas y lo lanzó á la arena, en donde había de recoger también envidiables laureles. Fundó y dirigió un periódico satírico titulado El tío Cayetano, cuyos artículos eran leídos con avidez en toda España y reproducidos y comentados en los diarios tradicionalistas de Madrid.

Sin aspiración ninguna de su parte, por aclamación de sus numerosos amigos de Santander, fué elegido diputado á Cortes en 1871 por el distrito de Cabuérniga, formando parte de la brillante legión de diputados que representaron en las Cortes de la Revolución las tradiciones de España.

Después de esta campaña se retiró á su país, dedicándose á los cuidados de su hacienda y de su casa y á las tareas literarias en que cosecha tantos y tan universales aplausos.

Sin embargo, la prensa liberal no propone para él los honores que prodiga á otros y hace bien, porque el Sr. Pereda no necesita de compadrazgos ni de bombos para dejar con sus obras inmortales un nombre imperecedero en las letras españolas.

LA CAPILLA SIXTINA EN LOS DÍAS DE SEMANA SANTA

Reducida la Santa Sede á los muros interiores del Vaticano, ya no se celebran en San Pedro las grandes festividades de la Semana Santa sino en las capillas del Palacio apostólico y especialmente en la Sixtina, la más notable del Vaticano.

Fuó construída por el Papa Sixto IV, de donde le viene el nombre y es un inmenso salón rectangular, con techo plano que descansa en un escocia ó media caña, todo pintado al fresco por el insigne Miguel Angel, que ejecutó allí varios pasajes del Génesis, los doce profetas mayores, las Sibilas y sobre todo, el Juicio final, que llena todo el lienzo del altar, que es sencillo y sin tabernáculo de ninguna clase.

Destácase en el centro de este fresco, á que han dado los años un color azulado y sombrío, como el de una nube tempestuosa, el Hijo de Dios rodeado de majestad, amenazando á los réprobos, y teniendo á su derecha á la Santísima Virgen en actitud humilde y suplicante. A ambos lados se ven los ángeles con los atributos de la Pasión. En la parte central, pero ya más cerca de la tierra, llaman á los muertos á juicio los siete ángeles del Apocalipsis, al sonido de sus trompetas. Al oírlos, van saliendo de su tumba todos los hombres, cuyas actitudes sorprendentes y por extremo variadas, dieron ocasión al artista para lucir su habilidad en el dibujo y en la anatomía. Para dar alguna dulzura á aquella escena terrible, falanges de ángeles conducen al cielo á los justos; pero al mismo tiempo legiones de demonios hunden en los abismos á los réprobos, que se retuercen y luchan por escapar de sus garras. Por último, y apelando á la mitología, como pintor renaciente, Miguel Angel intro-

duce á Caronte, que va llevándose en su barca á los condenados para transportarlos á las playas infernales.

Tres años empleó Miguel Angel en esta obra que fué descubierta al público en Diciembre de 1541.

Además de estos frescos de Miguel Angel, que han hecho celebrísima la Capilla Sixtina, encierra esta joya del arte doce pinturas de artistas insignes de aquel tiempo, como La Cena, de Rosselli; El Bautismo de Jesús y la Entrega de las llaves á San Pedro, de Perugino; Las tentaciones de Jesús, de Boticelli; Moisés con Séfora y la Promulgación de la Ley, de Signorelli, etc., etc.

Nuestro grabado representa la Capilla en día de gran función Papal; pero de ordinario la Sixtina se halla convertida en estudio de pintura, pues muchos artistas se ocupan de continuo en copiar y estudiar aquellas obras admirables del arte italiano.

Así favorece la Iglesia el progreso y cultivo de las artes.

UNA ASCENSIÓN Á LA GRAN PIRÁMIDE DE EGIPTO

(Véase el trabajo que hoy comenzamos á insertar del docto P. D. Juan Mir, digno hermano del insigne autor de la Harmonía entre la Ciencia y la Fe.)

EL MÁRTIR DE UN SECRETO

histórico

POR RAUL DE NAVERY

X

COMPLICIDAD

Owen, el propietario de la Rama de acebo, se disponía á despedir con política á los bebedores obstinados y retrasados, cuando entraron dos hombres en la sala medio vacía.

Margaret, la criada, quitaba con presteza los bocs y los vasos, y sin las manchas de vino, las lagunas de aguardiente, y las señales de Ginebra, que dibujaban mapas geográficos en las mesas de pino, nadie hubiera notado que esta gran sala servía para cita de los borrachos del pueblo.

Owen hablaba con dulzura á algunos, y era, es menester convenir en ello, á sus mejores parroquianos. En cuanto á los demás, no le daba escrúpulo el agarrarlos por un brazo y echarlos. El cura Fritz-Roy le aconsejaba cerrar su taberna, y la cerraba. Los bebedores no se hacían los recalcitrantes: la mayor parte tenían una embriaguez amable.

Otros temían incomodar al Sr. Owen que no reía muy á menudo, según decían las buenas gentes del pueblo. Tres ó cuatro hombres ebrios de ginebra eran los sólo; que guardaban una especie de rabia en medio de su embrutecimiento. Después de haber bebido, querían aún beber. Sus entrañas quemadas por devoradores licores creían encontrar alivio bebiendo aún más licor; y cuando se les hablaba de irse, enseñaban el duro mango de sus puñales.

Puestos los codos sobre la mesa, la cabeza pesada, la voz ronca, gritaban aún:

— ¡Ginebra! ¡La Margaret! ¡un cuartillo de ginebra!... ¡Caramba, á la salud de los fieles hijos de la vieja Irlanda!

La entrada de los recién llegados les hizo prorrumpir en una carcajada.

— ¡Aguardiente! repitieron, ¡beberemos á la salud de Hugo, nuestro salvador cuya alma tomará el diablo!

— ¡Vamos, paz! dijo Owen bruscamente, no se bebe aquí después de las diez... irse, sin esto...

— ¡Caramba! ¡sin esto! ¡sin aguardiente, no, alhaja mía... Hugo Peacock quiere regalarse con Ginebra, con un boc de cerveza tal vez... chocaremos nuestros vasos con los suyos.

— ¡Yo os daré una puñalada en el cráneo, si no salís!

— ¡Caramba! amor mío, Owen, Rey de la rama de acebo, te vuelves severo con los hijos de la pobre Irlanda. Esto es muy malo... el Irlandés es igual al Irlandés, sobre todo ante el aguardiente y la Ginebra... ¿por qué nos despides cuando dejas entrar á Hugo y Ryan?... esto no se debe hacer, los Muchachos Blancos se opondrían á esto.

— ¡Silencio! dijo Owen con voz turbada... ¿quién habla aquí de los Muchachos Blancos? Me parece que se atrae la maldición del cielo sobre mí cuando se pronuncia este nombre.

— Y no dejas de tener razón, posadero de Sata-nás, porque el día en que los Muchachos Blancos repasen nuestras cuentas y en que veas la firma del capitán Coucil, será bueno tu negocio... el aguardiente es muy caro, y de mala calidad... sin embargo, estaremos tranquilos si nos das una botella... por nada... Hugo la pagará, no hablaremos de tí á los Muchachos Blancos.

— Hugo Peacock y Ryan no vienen aquí para beber, dijo Owen; queremos hablar de nuestros negocios.

— ¡Justamente! vuestros negocios son nuestros negocios... ¡debéis dinero á Hugo, nosotros también! esta es una reunión de familia.

— ¡Caramba! dijo Peadcock, hay medio de arreglar esto.

— Yo lo sabía, dijo Roque el más borracho de los tres.

— ¿Quiéres aguardiente?

— Hasta la muerte.

— ¡Lo tendrás!

— Gracias, Hugo. ¡Caramba! nos salvas la vida.

— Solamente que lo ireis á beber fuera de aquí.

— ¡Fuera de aquí! No hará calor, dijo Roque.

— ¿Aceptas una botella?

— Para tres, nunca, cae nieve... y hace frío fuera de aquí.

— Entonces, una para cada uno.

— Viva Peadcock, ¿el prestamista da hoy? vociferó Roque.

Owen dió las tres botellas, echó á los borrachos fuera, dió políticamente las buenas noches á los que se disponían á partir, y se quedó solo en la sala con Ryan y Hugo Peadcock, mientras que los borrachos se alejaban cantando un Lillibiero en tres distintos tonos. El posadero echó unas pocas ramas en la gran chimenea, acercó los vasos puestos en una mesita, y Hugo entabló la conversación.

— Pat está completamente arruinado, falta el pan en su casa: ¿á quién piensas tú ceder tu pequeña fortuna, Owen?

— A Fritz, que pagará bien el arrendamiento.

— ¿Y los campos de Dannor?

— Ha contraído un empréstito, y ha llegado á pagarme.

— Yo no tengo que ver con esos negocios sino con la mira del dinero, dijo el prestamista con una indiferencia que no le era habitual, hay otro que se trata de manejar bien. Tú, Owen, tú, Ryan lo haréis los dos sin que parezca que yo me mezclo en ello. Firmaréis las actas, yo daré el dinero; solamente yo tendré una contraescritura... el año es malo, y no sé lo que encontrarían que rumiar las siete vacas flacas del sueño de José en este tiempo... ¿En qué estado se encuentran las gentes del otro lado del arroyo, Isabel y Margarita?

— Me deben dos libras, respondió Owen.

— ¿Pagaderas en qué época?

— Dentro de un mes.

Será menester renovar el billete con un interés ventajoso y adelantarles una nueva suma, tomando en garantía la casa. Esta casa debe pertenecernos para fin de año. Entonces le alquilaremos á renta la fortuna de Margarita que irá muriéndose de miseria, y la abuela y la nieta estarán pronto en el mismo grado.

— ¿Por qué aborrecéis á la vieja Isabel? preguntó Owen.

— Y sobre todo la bonita Margarita, añadió Ryan.

— ¿Por qué las aborrezco? amigos míos, me servís hace quince años, y no adivináis una palabra de mis proyectos... arruino á Margarita porque...

— ¿Y bien?

— Porque la amo.

— ¿A Margarita?

— Sí, á Margarita.

— Pero ella no os amará nunca, Hugo, y si deseáis que ella os ame, arruinarla y desesperarla no es el medio de alcanzarlo.

— No sois nada listos, dijo Peadcock.

— No tan listos como tú, es verdad.

— Decís verdad, Margarita no me ama, ha amado á otro...

— Del que lleva luto como si fuera su viuda.

— Por eso, no pido á Margarita en casamiento como haría de otra muchacha. Tengo paciencia. Cuando haya cogido á la mosquita, en mi red haré de ella lo que quiera... La red que la hará caer es la miseria.

Ryan movió la cabeza.

— Tiene valor Margarita.

— Sí, y sobre todo es buena. Hay gentes que se cogen por sus vicios, otras por sus virtudes; Margarita es de estas; moriría más bien que ser mi mujer si estuviese sola en el mundo, pero se casará conmigo mejor que ver que le falta pan á su abuela.

Owen no pudo remediar un movimiento de disgusto. En cuanto á Ryan, guardó un silencio significativo.

— ¿Me ayudarás, Owen, preguntó Peadcock.

— A fé mía nó; respondió el tabernero.

— Es torpe, pero franco al ménos.

— ¿Qué quieres, Hugo, una ayuda á poner á un hombre en un apuro, se facilita la holgazanería de un perezoso, se dá de beber á un borracho sabiendo que gasta pedazo de tierra á pedazo de tierra, el campo que le sustenta. Se hace alguna cosa reprehensible que cuesta trabajo confesar al cura de la parroquia. Pero en fin, un hombre es un hombre... Hay mil medios de trabajar y de comer; pero dos mujeres, esta pobre Isabel que no tiene más que un soplo de vida, y Margarita, la muchacha más buena del pueblo... confieso que esto me repugna.

— Solamente siento que no hayas tenido escrúpulos más pronto. Roven se ha ahogado, Walok se ha ahorcado, y hemos tomado todo lo que poseían, yo con el interés del dinero, tú con tu cerveza y tu Ginebra; dos suicidados valen tanto como una anciana y una joven desesperada.

— He hecho mal, dijo Owen bruscamente.

— Hoy es lunes, replicó Peadcock, el cura Fritz-Roy ha predicado ayer.

— Deja tranquilo al cura Fritz-Roy que no tiene nada que ver en nuestros negocios de usura. Me está permitido, creo, el rehusar tomar parte en una nueva adquisición.

— No — respondió Peadcock.

— ¿No soy libre?

— Ryan, tú y yo estamos tan unidos como las tres hojas de un trebol; esta alianza es lucrativa; somos buenos muchachos, pero he formado con los dos tales compromisos, que no podéis abandonarme sino cuando yo os mande que lo hagáis.

Ryan bajó la cabeza.

El tabernero dió un puñetazo sobre la mesa.

— Así es — prosiguió Hugo Peadcock con una voz frágil — si rehusas trabajar con nosotros estaremos contra tí, y sabrás muy pronto lo que cuesta.

¿Te olvidas que la Rama de acebo me pertenecerá el día en que tenga el capricho de hacerme posadero, ó de poner al frente de esta casa un hombre sin escrúpulos? No vengo aquí para oír los sermones del cura; cuando quiero oírlos, sé en dónde está la iglesia; voy á ella tanto como tú. ¡Margarita arruinada! ¿Qué gran desgracia! Sabes que soy rico.

El día que sea mi mujer, ¿qué le faltaré? Quiero casarme con ella; hé aquí todo. ¿Rehusas el servirme?

(Se continuará.)

REVISTA DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

Antídoto de algunas sustancias. — Hidrógeno sulfurado, gases de letrinas, cloacas, alcantarillas, etc.

Gotas anodinas de Hoffman. 30 cc.

Se toman diez gotas cada cinco minutos en una cucharada de agua.

Luego se hace respirar al paciente espíritu de nitró dulce ó vapores de cloruro de cal, y se rocía la cara del enfermo con vinagre fuerte.

Cloroformo.—Respirar amoníaco, duchas y hielo sobre la cabeza, luego uno ó dos papeles de polvos de Sedlitz, y en casos apurados un vomitivo.

Eter.

Amoníaco. 15 gotas.
Agua. 20 gramos.

Se toma de una vez, y despues se hace respirar vapores de amoníaco, aire frío, y se aplican duchas de agua fría.

Hidrato de cloral.— Para combatir los efectos de dicho medicamento se toma en dos veces con intervalo de media hora:

Sulfato de atropina. 0,002 gramos.
Agua destilada. 45

O tambien puede tomarse de igual forma:

Tintura de belladona. 2 gramos.
Agua destilada. 45

Íodo.— Se toma cada cinco minutos una cucharada de

Almidón. 8 gramos.
Agua c. s. para hacer. 350 cc.
Leche de magnesia calcinada. 150 gramos.

Fósforo.— Un vomitivo; despues

Esencia de trementina. 30 cc.
Dos yemas de huevo.
Agua de menta. 210 cc.
Jarabe simple. 45 cc.

Hecha la emulsión, se agita y se toma una cuarta parte á cucharadas grandes cada media hora, y despues, de hora en hora, tambien conviene:

Leche de magnesia. 20 cc.
Agua clorurada. 125 cc.

Las quemaduras de fósforo se curan con lociones de agua sal común, ó bien de

Nitrato de plata. 175 gramos.
Agua destilada. 20 cc.

Petróleo y aceites esenciales.

Emulsión oleosa. 1 litro.

para tomar la mayor cantidad posible.

El gusanillo de las aves.—Es muy comun que las gallinas y otras aves sean atacadas de gusanillo, principalmente cuando se hallan en habitaciones sin aire y sin luz, y de malas condiciones.

El procedimiento que se sigue comunmente para privarles de esta enfermedad, consiste en frotarles con hollín y espolvorear con esta materia los nidos donde pongan los huevos.

La *Creuse agricole* propone un medio aún más sencillo, que consiste en colocar en el gallinero ramas de aliso *Betula alnus*, y al día siguiente reemplazarla con nuevas ramas cuantas veces sea necesario.

Los recibe la Sociedad general de Anuncios de España
calle del Principe, 27, Madrid.

ANUNCIOS

En París, los recibe la AGENCIA HAVAS
Plaza de la Bolsa, núm. 8.

SOCIEDAD GENERAL DE ANUNCIOS DE ESPAÑA

Esta sociedad tiene el honor de anunciar al público que en sus oficinas se reciben anuncios, reclamos y hechos varios para sus periódicos de Madrid y provincias, recibiendo también para los de todos los países de Europa, de Asia, América, Oceanía, Australia y la India.

Oficinas: Calle del Principe, 27, principal

Sucursal en Barcelona, Bajada de Cervantes, 4

AL PÚBLICO

Se acaba de recibir un gran surtido de sillones, sillones, sofás, banquetas de piano y recibimiento en el Bazar de sillería de madera encofrada de THONET, hermanos, Plaza del Angel, núm. 10, Madrid.

NOVÍSIMO AÑO CRISTIANO Y SANTORAL ESPAÑOL

Se ha publicado el primer tomo de esta importantísima obra, escrita con un criterio superior á todos los AÑOS CRISTIANOS Y SANTORALES publicados en España hasta el día, llena de erudición y preciosos datos históricos y críticos, es del mayor interés para todos los buenos católicos, y principalmente para los Sres. Sacerdotes dedicados á la cura de almas y á la predicación. Además de la oración, epístola y evangelios propios del día, se dan meditaciones ó reflexiones sacadas del repertorio de nuestros mejores clásicos, tales como Santa Teresa, Rivadeneira, los tres Luises, de León, de Granada y de la Puente, etc. Constará de doce tomos. Se reciben suscripciones en las oficinas de la casa editorial señores Riera y Compañía, Peligros, 20, 2.º.

Vapores Correos

DEL MARQUES DE CAMPO

Líneas regulares de Asia, Africa, América y Oceanía

LÍNEA DE FILIPINAS

Viajes redondos mensuales, en día fijo, desde el puerto de Liverpool á los de la Coruña, Vigo, Cádiz, Cartagena, Valencia, Barcelona, Port-Said, Suez, Aden, Punta de Gales, Singapore y Manila.

El vapor VALENCIA (100 A. I. LLOYD) saldrá del puerto de Barcelona el 1.º de Mayo. Admite carga y pasajeros para los de PORT-SAID, SUEZ, ADEN, PUNTA DE GALES, SINGAPORE Y MANILA.

LÍNEA TRASATLANTICA

De Santander á Coruña, Vigo, Cádiz, Puerto-Rico, Habana y Vera Cruz. El vapor VERACRUZ (100 A. I. LLOYD), saldrá de Santander para dichos puertos el 18 de Abril, admitiendo carga y pasajeros para los mismos, como para los de Nuevitás, Gibara, Baracoa, Santo Domingo, Santiago de Cuba, Puerto-Príncipe, La Guayra, Puerto-Plata, Aguadilla, Ponce, Mayaguez, Saint-Thomas, Kingston, Santa Marta, Lincoln, Barranquilla, Sabanilla y Colón.

El ámbar natural y sus imitaciones.—Los principales centros de producción del ámbar natural son la Sicilia, de donde lo sacaban los antiguos, y las orillas del Báltico, de donde se obtiene hoy para todos los países del mundo. Su composición química está representada por 78,82 de carbono, 10,23 de hidrógeno y 10,90 de oxígeno. El ámbar se saca de la tierra por medio de minas, y también se recoge del fondo del mar con el auxilio de buzos.

La producción anual suele ser de 150 á 200.000 kilogramos de todas calidades. El ámbar natural se distingue del artificial, incluso el que se falsifica con la resina copal, por los caracteres siguientes:

1.º La resina copal es amarilla, más ó menos oscura, pero siempre unicolor, y presenta en su superficie puntos amarillos como de azufre cristalizado, al paso que el ámbar natural presenta siempre un tinte de distinta intensidad, examinado en los extremos de cualquier pedazo de cierto tamaño.

2.º El ámbar natural despiden un olor fuerte y aromático cuando se frota sobre la palma de la mano cerca del dedo meñique, lo cual no sucede con la resina copal ni con ningún ámbar artificial.

3.º Expuesto al aire largo tiempo, el ámbar pierde á veces su aceite esencial y su aspecto característico. Raspada con un cuchillo la resina copal, desprende un polvo muy fino que se dispersa en el aire; á su vez el ámbar lo produce de tal clase, que cae al pie del pedazo raspado.

4.º Aplicando á un pedazo de ámbar natural una capa de grasa ó sebo, y calentándolo por debajo con una bujía, se puede doblar si á la vez se hace fuerza con los dos extremos. El ámbar artificial y la resina copal no se doblan.

5.º El ámbar natural es más duro que el artificial y la resina copal. Estos se desmoronan si se les aprieta entre los dientes, y el ámbar natural no, así como resiste éste al roce con la uña, al paso que las otras sustancias se dejan rayar por ella.

6.º Se puede cortar, raspar, aserrar y pulimentar el ámbar natural, pero no pegarse ni soldarse, como sucede con los ámbares artificiales y la resina copal.

7.º Para hacer el barniz se funde la resina copal en un matraz de cobre á una temperatura muy alta; á 100º, el agua que contiene se convierte en vapor. Si se liquida la resina copal, conserva su color amarillo.

8.º El ámbar se funde sólo á 400º, volviéndose



UNA ASCENSIÓN Á LA GRAN PIRÁMIDE DE EGIPTO.

negro y esparciendo un olor de ácido sulfídrico muy manifiesto, hasta el punto de que las personas encargadas de esta operación tienen que alejarse para no respirar dicho gas. Si se le añade un 33 por 100 de aceite de linaza, se funde á 150º.

9.º La densidad del ámbar es de 1,09 á 1,11; la de la resina copal, de 1,04, y la del ámbar artificial, de 1,05, poco más ó menos, según las clases.

10. El ámbar natural forma, por destilación, agujas de ácido succínico, lo cual no sucede con las imitaciones.

El ámbar artificial, aplicado á boquillas de cigarrillos, se funde cuando el fuego lo alcanza. La resina copal se quiebra en pedazos pequeños bajo la acción de la misma causa. El ámbar natural resiste, tanto el calor de la brasa del cigarro, como el del tabaco

que arde en el recipiente de la pipa cuando éste está formado por la indicada sustancia.

Baños calientes en la muerte aparente de los recién nacidos.—Le Bon ha indicado el uso de los baños termales para combatir dicho estado, y aseguran haber obtenido notables resultados Goyand, Campardón y otros.

Este último refiere de un niño de diez y ocho días, muy débil y que desde su nacimiento mamaba muy difícilmente. El niño desfallecía de día en día, y llevaba ya dos horas, y á pesar de todos los cuidados puestos, en un estado de muerte aparente cuando fué llamado Campardón. Los latidos del corazón apenas eran sensibles y el enfriamiento grande. Se metió al niño durante dos minutos en un baño á 45 centígrados próximamente, y se reanimó al cabo de veinte segundos. Ocho horas después reapareció el enfriamiento. Se le dió un baño en las mismas condiciones, y el resultado fué definitivo.

En otro caso, se trataba de un recién nacido que se presentó en estado de muerte aparente. Al cabo de media hora de insuflación de boca, y de fricciones excitantes sin resultado alguno, se metió al niño en un baño de agua caliente, y se manifestó la vida á los quince segundos. El baño duró dos minutos.—(*Revista médica vasco-navarra.*)

Para reconocer el acero.—Un periódico científico recomienda un sencillísimo procedimiento para cerciorarse de si el metal de ciertas piezas de maquinaria es de verdadero acero ó de hierro. Para ello se vierte sobre el metal una

gota de ácido sulfúrico. Si la mancha que ese producto toma el color negro, es señal de que la pieza metálica es de acero; si por el contrario, la mancha adquiere un color verdoso, entónces acusa la presencia del hierro.



Rogamos á nuestros lectores que encomienden á Dios el alma de la Ilma. Sra. Doña Eusebia Marugan (q. s. g. h.), esposa del conocido escritor católico D. Vicente de la Fuente. Falleció tan piadosa señora el 9 del corriente después de recibir con gran fervor los Santos Sacramentos.—R. I. P. A.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

REVISTA DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTE CRISTIANO

DIRECTOR, DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

PROPIETARIO, D. MODESTO RIERA.

Se publica desde su SEXTO VOLUMEN en DOCE PÁGINAS, conteniendo treinta y seis grandes columnas de texto, perfectamente impresas é intercaladas con interesantes grabados artísticos y de actualidad.

Sale á luz los días 5, 15 y 25 de cada mes. A pesar de los excesivos gastos que las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan, sin sacrificios, poseer esta elegante Revista.

Puntos de suscripción

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, calle de Peligros, núm. 20, segundo. En las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

PUERTO-RICO.—D. Celestino Díaz.—HABANA.—D. Juan Rivero, Muralla, 33, librería.—FILIPINAS.—Imprenta del Real Colegio de Santo Tomás de Manila, Sr. D. Gervasio Memije.

Ayuntamiento de Madrid

Tipografía Gutenberg, á cargo de M. Salamanqués, Villalar, 5.